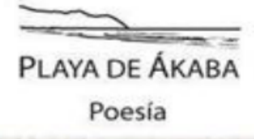
Yo vivía aquí

1989-2012

Prólogo de Eduard Sanahuja

Carlos Zanón



Playa de Ákaba

Poesía

Carlos Zanón

YO VIVÍA AQUÍ

1989-2012

Prólogo de Eduard Sanahuja



Poesía

Primera edición: septiembre, 2012

ePub: Publidisa, S.A.
ISBN ePub: 978-84-94054044

PRÓLOGO

ZANÓN vs. ZENÓN

Lo primero que hay que saber de Zanón es que no se parece en nada a Zenón. Zenón podría tener cualquier rostro esculpido en piedra, siempre que estuviera adornado con un cabello y una barba rizados y provisto de una mirada como de ciego, esas miradas que indagan hacia adentro deslumbradas por la majestuosa unidad del ser. La mirada de Zanón, en cambio, es fractal, porque se construye y se deconstruye al ritmo de una observación caleidoscópica de las vidas, ese laberinto infinito que se dilata hasta dar de bruces con las raíces del azar.

Zenón solo tuvo un maestro, un tipo llamado Parménides, que había nacido en su mismo pueblo, Elea, y que tuvo la delicadeza de adoptarlo. Zenón se pasó la vida tratando de defender las tesis de su mentor, la unidad de lo real, la falacia del movimiento, la invalidez del espacio y la congelación del tiempo. Justo lo contrario que Zanón, que tiene una infinitud de maestros, provenientes en su mayoría del mundo de lo que se suele llamar arte: el arte de la literatura, el arte de la música, el arte del cine, y el arte de vivir, entre otros. No necesita defenderlos, porque sabe que se defienden solos y porque él, en su faceta de abogado, tiene ya de sobra con dar la cara para evitar la prisión preventiva de una interminable cadena de sujetos que han tenido una mala noche. Así es: "No es el náufrago quien está perdido/ sino el barco que acierta a recogerlo" (del poema "Lobo", en *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan*).

Zenón se consagró a la filosofía. Si hubiera sido poeta, hubiera cultivado la "poesía del ser", una poesía que busca su razón en la esencia de la palabra, en su fuerza magnética, en el acto de nombrar. Es la poesía del aforismo filosófico, del conjuro, de la oración, de la mística. La poesía de Zanón está en el polo opuesto de este modelo poético. Su poesía es heraclitiana, una poesía del "estar", del devenir,

del narrar. Es la poesía de la épica, de la égloga, de la balada. En el caso de Zanón, es especialmente la poesía de la balada y, si se me apura, de la épica antiheroica. Zanón ha buceado en ríos de aguas turbulentas, allí donde pescaron Byron, Rimbaud, Baudelaire, Virginia Woolf, Lewis Carroll, Lee Master, Kafka, Bukowski, Burroughs, Bernhard, Éluard, Cortázar, Fonollosa, Panero (Leopoldo María)… Pero este río lleva también imágenes (de Ben-Hur a Barry Lyndon) y música: Amstrong, Nina Simone, Dylan, Cohen y todo este estuario que denominamos "rock", con Lou Reed y su Velvet al frente. Las baladas más dulces las han compuesto los grupos más *heavys*. No hay que olvidar que Zanón fue cantante y compositor de la banda "Alicia golpea". En eso que yo llamo balada se ubica la intersección de los tres ingredientes principales de la obra de Zanón: poesía, narrativa y música.

Entre Zenón y Zanón han pasado 2.500 años. Por eso, si en Zenón Aquiles no alcanzaba nunca a la tortuga, en Zanón el hijo de Peleo y el quelonio conciertan una cita para conocerse mejor (o sea, para follar), iniciativa que, sin duda, acabará mal, seguramente en un intento de devorar al *partner*, de modo que tendrán que intervenir los picapleitos para dirimir quién le pasa la pensión a quién. Eso son 2.500 años, la diferencia entre unas abarcas de piel de buey y unas Doctor Martens, entre una aporía inocente y una minificción anaeróbica con un toque de *non-sense*. Si Zenón calzaba sandalias, Zanón alternó zapatillas de goma y mocasines en el siglo XX y se convenció de lo absurdo que es pisar fuerte en el siglo XXI.

En cuanto a la obra, la de Zenón se considera perdida. Lo poco que sabemos de él lo conocemos a través de Platón y del historiador Diógenes Laercio. Por el contrario, si deseamos consultar la obra de Zanón, que está en fase de continua expansión, podemos ir a las fuentes directas. Letrista, guionista, crítico literario y articulista (sus "retratos paralelos", mucho mejores que éste que estoy pergeñando, pueden leerse en sigueleyendo.com), es autor de dos libros sobre músicos, *Bee Gees: La importancia de ser un grupo pop* (Ediciones Júcar. Colección Los Juglares, 1998) y *Willy de Ville: El hombre a quien Rosita robó el televisor* (Editorial Milenio, 2003); las novelas *Nadie ama a un*

hombre bueno (Editorial Quadrivium, 2008), *Tarde, mal y nunca* (Saymon Ediciones, 2008; RBA, 2011. Premio Brigada 21 a mejor primera novela negra del año) y *No llames a casa* (RBA, 2012); y los poemarios *El sabor de tu boca borracha* (Editorial Nínfula, 1989 y 1991), *Ilusiones y sueños de 10.000 maletas* (Editorial Libertarias/ Prodhufi, 1996), *En el parque de los osos* (Ayuntamiento de Málaga, 2000), *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan* (Editorial Hiperión, 2004. Premio Valencia de Poesía, Institución Alfonso el Magnánimo) y *Tic tac tic tac* (Ediciones Carena, 2010). Ha sido incluido en las antologías *Por vivir aquí. Antología de poetas catalanes en castellano* (1980-2003) (Bartleby Ediciones. Edición de Manuel Rico y prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, 2003) y *11-M: Poemas contra el olvido* (Bartleby Ediciones, 2004).

Suelo desconfiar de los poetas que se pasan a novelistas. Los *supermans* y *superwomans* que valen para un roto y un descosido, que pueden ser ministros de agricultura y, al día siguiente, responsabilizarse de la cartera de sanidad o educación, me producen erisipela. En literatura, el trasvase poesía-novela es una tentación que no acostumbra a dar buenos resultados. Al final, el poeta se convierte en un mediocre novelista y, si no rectifica a tiempo, el público acaba por olvidar que ese novelista segundón fue en su día un poeta con posibles. Hay excepciones, grandes excepciones, por supuesto. Zanón es una de ellas, porque su novela y su poesía se nutren de la misma sustancia, la balada narrativa que se concentra en el poema y se multiplica en la novela, negra, desde luego. También Zanón es un buen creador de personajes, oficio que, en lo que concierne a la poesía, aprendió de Edgar Lee Master y de José María Fonollosa. Y, por fin, y como tercer elemento de engarce entre su poesía y su novela, el asunto del lenguaje: *“La gente que olvida mal suele hacerse daño. Porque los que olvidan mal se dicen la verdad con mentiras, extravían nombres, esconden personas y lugares y acaban por recordar solo lo bueno”*. Así trata el lenguaje el narrador omnisciente de *No llames a casa* (ésa es la primera frase de la novela), el mismo trato sutil y profundo, a veces desgarrado, irónico o paradójico, que encontramos en sus poemas: *“Como puedo hoy dejarte con vida / darte la espalda y*

esperar / que no dispares la última bala” o *“La soledad no es añorar / a quien amas y no está. / La soledad es no añorar / a quien no amas y está”* (de los poemas *“Sin prisioneros”* y *“El caníbal”*, respectivamente, de *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan*). Zanón, abogado de profesión, como ya he dicho antes, conoce el ruedo del duelo en vivo y en directo. No es un abogado de guante blanco, sino del cuerpo a cuerpo, de los turnos de oficio, de los que pisan comisarías y calabozos. Esta vertiente profesional le ha otorgado un profundo conocimiento del mundo y del espécimen humano, una fuente inagotable de la que bebe su poesía y su novela, pero que sería inútil si Zanón no supiera darle el tratamiento verbal adecuado para construir novelas y poemas que nos reservan para el final el golpe de gracia.

"Yo vivía aquí" es una antología personal. Carlos ha escogido los poemas que la componen, una muestra significativa de todos sus libros publicados hasta ahora, más un anticipo del que está actualmente preparando, *Rock’n roll.* Sin embargo, si el lector trata de contrastar los poemas incluidos con los que figuran en las publicaciones originales, constatará que Zanón ha corregido algunos, ha cambiado títulos y también, a veces, su ordenación. El autor propone una nueva lectura de su obra, un nuevo libro, porque nada es eterno e inmutable, porque la historia misma se transfigura según el formato en que la presentemos. Aquí Zanón y Zenón tampoco coinciden.

Un poeta catalán actual de los de mayor prestigio declaró en un reportaje televisivo que cuando lee antologías solo le interesan de la mitad hacia adelante, cuando la obra del poeta ya es madura, de igual modo que cuando lee biografías obvia los capítulos de la niñez, bajo el argumento de que todos los niños y niñas hacen más o menos las mismas cosas durante su infancia, algo muy poco interesante. Yo discrepo de lo uno y de lo otro. El hecho de que un niño haya utilizado los ojos de una perdiz como diana para su escopeta de balines es un augurio de su personalidad futura. En mi caso, por ejemplo, una grave enfermedad a los seis años (una meningitis) me adiestró en el sentimiento de la náusea y me desengañó de los mitos oficiales del momento, ya que el Cristo crucificado que presidía mi

habitación se negó siempre a compartir conmigo el pan que yo le ofrecía cuando me encontraba algo mejor y podía incorporarme: Marcelino pan y vino era un bluf. Todo esto no es baladí, tampoco lo son los libros de juventud. En ellos casi siempre hay torpezas, a menudo una excesiva teatralidad, una sobreactuación del propio personaje.

Pero es también en ellos donde, en el caso de los buenos poetas, podemos jugar a descubrir los destellos de lo que serán en su madurez, los cimientos de la voz del poeta. Es así, creo, como hay que leer los primeros poemas de *Yo vivía aquí.*

A medida que avanzamos en la lectura del libro vamos comprobando que los poemas de Zanón golpean, como la Alicia de su grupo punk. Carlos sabe introducirnos en la tragedia de un mundo fagocitado por el cocodrilo, en la tragedia de los niños que hay, de los niños que hubo, del niño que ya no somos. Todo lo ha ensuciado la defecación del tiempo. Y no somos tan imbéciles para creer en segundas partes, para creer que el amor sana lo que ha podrido. Solo tenemos mitología y manos tiznadas, recetas químicas y jirones de pasión. El amor es un buen taxidermista, pero por lo menos hoy, mientras leamos *Yo vivía aquí*, no ganarán los tibios. Porque Carlos Zanón no es de los tibios, ni de la escala de grises, ni de una aleación de plata pobre. Carlos o te abrasa o te criogeniza. Es brillante y provocador como los acordes de Jimi Hendrix. Quizá en eso es posible que Zanón y Zenón pudieran parecerse.

Barcelona, junio de 2012

Eduard Sanahuja Yll
Poeta y profesor titular del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Barcelona.

GUIDO: Elegir solo una cosa y ser fiel a ella. Algo que lo abarque todo porque tu fidelidad lo hace infinito. Claudia ¿serías capaz?

CLAUDIA:¿Y tú, serías capaz?

GUIDO: No, este personaje no sería capaz. Decide abarcarlo todo. No quiere dejar nada. Cambia cada día por temor a perder la opción buena. El personaje está exhausto.

(FEDERICO FELLINI, *8 y medio*)

EL SABOR DE TU BOCA BORRACHA

Editorial Nínfula

Primera Edición Abril 1989 / Segunda Edición Mayo 1991

Recuerdo que hubo noches
que desplegaron las alas para cubrirme piadosamente.
Llevaban nombres de niña
que alguien,
quizás ellas mismas,
escribían
con las puntas de sus dedos de lluvia
sobre el agua de los ríos,
en los cristales empañados de los coches
en solitarios descampados de tierra.
Tu recuerdo hoy es como una mancha de tinta
expandiéndose por el blanco papel de mi alma.
Eres un ángel cuya sombra se proyecta
más allá de tu cuerpo y mi nostalgia.
Te estoy inventando,
de cenizas, mijo y
estaño
hasta convertirte
en el monstruo que viva de devorarme las
entrañas.
En esta cruel noche de verano,
envenenada de melancolía,
oliendo a flores y lástima
distingo
a lo lejos, tu pelo rojo y torturado,
mientras pienso en la muerte y en los deseos
que de caminar tan torpes
acaban siendo saliva y lápiz de labios.
Si yo pudiera regresar allí donde no estuve nunca,
ni siquiera un poco,
huir
hasta dejarme morir más por pereza
que por dolor…

Pero qué inútil todo,
aunque sé que en algún lugar
hay un mendigo con mis mismos nombres,
mis mismas miserias y mis mismos recuerdos,
que maldice por siempre
aquellos senderos de grava que no llevaron a
ningún sitio,
aquellas monedas que se tragó la máquina de
cigarrillos,
y todas aquellas hadas
que un buen día,
sucesivamente,
me fueron convirtiendo en
príncipe,
rana,
soldado
y finalmente mendigo.

Algún día, como látigos,
restallarán estas mismas caricias,
en lo más oscuro de tu lecho, mujer de trapo.
Como solitarios fantasmas de jardines
aún más solitarios,
amantes que viven de devorarse
unos a otros
las manos y los besos ensalivados.
Allá va la muerte sobre las aguas sin olas,
desnuda la espalda,
ensortijado el pelo
y caídos los pechos de tanto amarse a solas.
Allá va dando besos eléctricos a los mendigos,
a los tristes y a los borrachos
hasta arrancarles la lengua de cuajo.
Bruja del dolor,
sepúltame entre los castillos
que los niños, hace ya muchos veranos,
hicieron con arena a orillas del mar.
Apaga esta enorme y venenosa tormenta en mi
cabeza
–tortilla de anfetaminas, nave sin velas,
quiero dormir,
quiero correr más que mis propias piernas,
estrechar entre mis brazos la noche ciega,
apagar el calor blanco–.
Dicen que hay un huracán de fuego gateando por la cocina,
rompiendo a su paso todo lo que se encuentra.
¿Y el placer largo, ilimitado,
que me prometiste?
El sabor de tu boca borracha…
¿qué me decías en tus cartas? ¿de qué hablabas?
La bruja del deseo hoy

y mañana
solo otra amante henchida de odio
en mi misma cama,
con los dedos repletos de anillos
y la lengua al paladar firmemente cosida.
La llave en su agujero y barro en los bolsillos.
Atención mamá, ha vuelto tu hijo.

Per tu, Anna, morta.

Sin cara, sin gestos, sin labios,
sin voz ni dedos,
sonámbula sobre mi pecho,
en mi cama, en mi casa y en mi cuerpo
la agonía de los océanos azules,
de los besos inmensos y lejanos,
sobrevuelas, envuelta en pieles de cebolla,
medusa,
tules y velos de novia ennegrecidos.
En ceniza y en recuerdos.
Sin cara, sin gestos, sin labios,
sin voz ni dedos,
¿he estado amando a una condenada
o es que me estoy enamorando de una muerta?
Pan duro y agua, agua y pan duro.
Rompe mi cuerpo, rómpeme los huesos,
porque solo soy el ser que se ató
las muñecas
al rizado hilo de un teléfono, a tu pelo y a tu nombre.
¿Qué importa si tenías un nuevo amante,
si me amabas o me odiabas
o si tan solo tratabas de olvidarme…?
Solo soy el ser que aún hoy, guarda
una carta tuya,
un regalo
o una pista para entender algo.
Pan duro y agua, agua y pan duro.
Quiero que empapes tu vestido de sudor
y me lo envíes.
No me hará daño tenerlo,
solo un poco quizás.

Me lo pondré cuando me sienta solo,
tan solo como hoy.
Cuando las cosas no me vayan bien
y así parecerá que no te has ido del todo.
Sin cara, sin gestos, sin labios,
sin voz ni dedos,
te arrastras por el suelo,
manchas las paredes
y me esperas entre las sábanas.
La máquina ósea, la máquina letal.
Y la vida, disfrazada de maldita serpiente de luz
se me enrosca quebrándome la espalda,
en un terrible y lascivo abrazo de amor,
en mi cama, en mi casa y en mi cuerpo.

Dormiré bajo tu lengua,
en tus noches de mujer enamorada,
empapado de miedo y nostalgia,
ordenando el caos,
una y otra vez
hasta que acabe esta pesadilla.
Este dolor es puro,
este llanto inútil,
esta espera cruel.
Aprendiendo a vivir,
inquilino y huésped.
En mi cama, en mi casa y en mi cuerpo.
Y mañana a las dos irrumpirás
como Tom Sawyer,
para convertir las lágrimas en polvo de estrellas,
y la tragedia en una lluvia fina y cansina.
Y más tarde, a las ocho,
esperaré en el portal de tu casa
a que bajes y me digas: “¿A dónde vamos?”.
Pan duro y agua, agua y pan duro.

No sé por qué pero los náufragos
siempre tenemos una caja de cartón bajo la cama
donde guardamos toda la lluvia caída,
las cartas que nunca nos atrevimos a enviar.
Dorados los cabellos,
esta indolente luz de domingo
parece ser la única verdad tras la tormenta.
Es la misma lengua que ayer
bañó en azufre la noche,
que selló nuestros labios con besos de esparto,
aquélla que se vistió de mujer siendo hombre,
fumadora de los cigarros más largos que existen.
Golpear todas las puertas, abrir todos los
ventanales,
romper el horizonte hasta obtener una respuesta…
Diamantes de sal resbalan
por tu cuello de cisne ensangrentado
hasta la cuenca de tus pechos, grandes y negros.
Estás dormida para ver pasar los pájaros de largo,
para acercarte a la muerte, volver y no mirar atrás.
La habitación, barata y sucia
–ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé–
pero el misterio de sus salas enmoquetadas,
sus techos altos y el sabor amargo de la miseria
me servirán para escribir una novela
dentro de cien, mil años
y pudrirme en oro y locas mujeres
que abandonarán
a sus maridos en horas convenidas
para estar aquí y sentir este dolor.
La redención de las flores oscuras
y los árboles podridos por la mitad,
el éxodo de cangrejos y alacranes,

de cadáveres que siempre bromean
mientras beben agua helada.
Sí, esta noche fue todo pero no habrá más.
Sin embargo, tú, mi niña,
mi cumbre, mi valle y mi abismo,
cumple tu promesa y escríbeme.
No importa de qué o por qué.
Guardaré tu carta bajo mi cama,
en la caja de cartón empapada de lluvia.
Hazlo, por favor, porque la vida es letra
y la dirección nunca importó lo más mínimo:
lejos de cárceles y buzones,
la nostalgia siempre supo llegar.

Después del lunes viene el martes
y a éste le sigue el miércoles.
Porque las mismas flores crecen en los mismos jardines,
estación tras estación.
Y los días se suceden y consumen
sin prisas ni tropiezos.
Uno a uno hasta hacer siete.
Porque después del lunes viene el martes
y a éste le sigue el miércoles.
Y la vida es buena,
es suave
porque no se vive sino que tan solo se cuenta.
Se dibuja y despedaza,
se tiñe, se divide y se inventa.
Se siente, se roza,
se tiene un segundo para después perderla.
A sorbos,
nunca demasiado, nunca suficiente.
Por fortuna después del lunes viene el martes
y a éste le sigue el miércoles.
Porque nos es imposible imaginar el universo
si no sabemos dónde empieza y dónde acaba.
Y quizá fui algo que perteneció a alguien,
un antiguo círculo sobre la superficie del agua,
vertido acaso en una reluciente copa vacía.
Porque quizás maldije el hecho de no serlo todo,
de no poder resignarme
a no tener casi nada
–apenas un nombre, un amigo y una ciudad–
y vivir siempre temiendo perder lo poco que tengo.
Temiendo ser olvidado,
temiendo no poder recordar el contacto,
temiendo confundirme entre la gente,

entre sus maneras de andar y de comer,
entre las frases fáciles que adornan los carteles,
tras escaparates y luces de colores.
Ayer atravesé la ciudad de punta a punta
–con el punzón de mi coche rompí la muralla–
para ir hasta tu encuentro.
Pero cuando llegué hasta ti todo se desvaneció:
"Amor mío ¿dónde dejamos lo nuestro…?".

Algún día llegará el invierno
con sus aguas estancadas y su sonrisa de barro.
Y se romperán todas las flores,
y los días teñirán sus dedos de plomo
entre las nubes,
en lo alto de las murallas,
en los humedecidos labios de una mujer sola.
Puedo borrar con solo desearlo
todas las estrellas
que brillan en las entrañas del mar azul
pero no escapar de tu recuerdo.
Con la cabeza entre las rodillas,
vomitando soledad y alcohol,
mientras una mujer borracha y sucia
me espera,
dos calles más allá,
para que la acompañe en la tierra engalanada
de luces y música.
Dice que le da miedo andar sola.
Es mucho mayor que yo
y su vestido –negro, ajustado papel maché–
apesta a sudor y al ácido olor del semen triste.
Y allá arriba, en el balcón,
con los ojos de la muerte
una vieja investida en una bata roja,
observa la luz, los colores, el movimiento
y todo aquello que ya no le pertenece.
Las sombras son la única esperanza
–“ya estoy algo mejor”–,
las noches anchas de espaldas, con manos de fuego,
son nuestro refugio y nuestra prisión.
Puedo borrar con mi mano
todo lo escrito sobre las aguas y la arena

pero no puedo olvidar
que un día te quise de verdad.
Ella dice que odia el invierno
porque cuando llega las puertas se cierran, los gatos huyen de la ciudad
y la lluvia es mucho más fina.
También dice que el sol del invierno
nunca decepciona.
Es una vieja borracha y sucia pero divertida.
Dice que le da miedo andar sola.
Poco a poco se desvanece ante mis ojos,
en el asiento de mi coche,
deslizándose sobre el cuero y la nieve,
tibia y soñada
–“¿tú me quieres, verdad?”–.
Algún día llegará. El invierno.

A Anna Grau que me devolvió una postal desde Praga con casi mis mismos versos

Luisa tiene los huesos de la cara
azules,
surcos alrededor de los labios
y una medalla de oro
que un día encontró en un gran vertedero
de ruidosas latas y negras bolsas de basura.
Ella decía: ¿puede prenderse una ciudad sitiada
con solo el deseo de un alma encendida?
Buscaba respuestas allí donde solo había esperado puentes.
Era una mujer sucia y algo desmañada
que hubiera querido nacer hombre.
Ése era todo su secreto.
Y mil veces lanzaba
su medalla dorada al aire con la esperanza
de que ésta quedara mágicamente suspendida,
fulminada por un bíblico rayo de luz,
atrapada en los rizos de un hombre desnudo y triste.
Ella era la Casandra
que siempre atraviesa de parte a parte
todas las fiestas
que transcurren encadenadas
unas a otras,
hasta perderse en el infinito.
Una bruja,
viviendo de noche,
con una luna de hueso entre los pechos feos y blancos,
tatuada con la tinta de un amargo limón.
Ella dijo: Ven, lo pasaremos bien.
Será divertido.
Pero la puerta del garaje quedó abierta

y los mosquitos al ver encendida la luz
se embriagaron
del venenoso fluido
que discurría perezoso y veloz por nuestras venas.
¿Estuvimos empeñando el tiempo
o revisando innecesariamente nuestras palabras
y las canciones que más tarde serían
nuestros dolores más profundos,
aquellos que nos provocarían el vómito de la nostalgia,
un bálsamo dulzón de café con sal...?
–Odio a las palabras tanto como odio a las mujeres,
porque ambas son estuches vacíos
de un algo que anunciaban
¡y que no se encuentra en ningún sitio!–.
Luisa era tan hombre que cuando hacía el amor
con su amigo francés
me acariciaba
la nuca
con su mano enguantada en terciopelo.
Ella decía: si la vida es corta ¿para qué buscar atajos?
Y luego me abandonaba a la corriente,
cerca del alba,
envuelto en un cesto de mimbre para que me recogiese
la esposa de cualquier faraón.
Borracho y todo,
escuchaba el chapotear de sus pies descalzos en el agua
y el roce
de una pluma
al escribir las cartas
que años más tarde me enviaría
desde lejanos puntos del planeta,
con exóticos sellos
en sobres alargados e indolentes de correo aéreo.
¿Es un sueño una mentira mal escondida?
Ella dijo: Ven, será divertido.

Nada llegará tan lejos como nuestra vida,
nada nos será tan pesado.
No escuches a los que te digan lo contrario.
¿Has pensado que solo fuésemos hombres de goma
y nos tensásemos hasta ser rotos por la mitad?
¿Qué sería entonces de las persianas
a medio bajar de los cafés,
de los paraguas abiertos solo en caso de lluvia…?
¿Dónde estaría entonces el dedo herido de la noche,
que dicen cura las heridas a la vez que las abre…?
Hoy quiero que desde tu casa
escuches mis canciones de niño borracho.
No en vano me he bebido todos los dedales de licor
que los Reyes Magos olvidaron tras las puertas.
Cerraste mi prisión y lanzaste la llave al mar
¿cómo querías que te fuese fiel…?
Yo solo quiero apagar de una vez
el sol abrasador de mis entrañas,
huir de la distancia que siempre se aleja
para herir más profundamente,
como un látigo de mil púas.
Y mañana, millones de críos me acusarán de ladrón,
pero ya llegará tarde o temprano
el flautista que los cambie por ratones
y la princesa que se convierta en sapo
bajo las sábanas de un hotel barato y lúgubre.
¿Recuerdas cuando junto a los chiquillos
lanzábamos piedras con el vano propósito
de que anduviesen como Jesús sobre el cristal de las aguas?
Vuelves una y otra vez a mis labios
como una inmensa ola de sal
pero ¿sabes…? Quiero que sepas
que te amé del revés,

nuestro amor fue como el calcetín zurcido y viejo
que sobre la chimenea esperaba
aquel regalo que nunca llegó.

Seguí tus pasos hasta la desembocadura del río,
y vi un mundo solo vagando por encima del mío,
en los charcos y en las muchedumbres hambrientas.
Luz de velas y vino amargo en copas de cristal
vertido.
Las calles son cuestas hacia abajo
que llevan hasta los arrabales,
y las aguas del río son plomo y veneno.
Rumor de túnicas desgarradas entre la basura.
Tu sombra a lo lejos:
vomitas flores mientras huyes de la brisa
como en aquel cuadro de Botticelli.
¿Eres la mujer de los pañuelos bordados?
¿La de las iniciales en azul
y las uñas de los pies
podadas
como las ramas de un cerezo en flor…?
Luz de velas y vino dulce en copas de metal
servido.
Mi cárcel de acero, mi muñeca rota,
del tiempo humillado
y las tres monedas brillando en el fondo del estanque.
Siento la punta de mis dedos
helarse
en el agua escarchada de la fuente,
mientras te beso hasta que me duelen los labios. Estás desnuda y yo hambriento.
Amor verde de musgo y muerte
¿qué nos detiene para llorar de nuestros ojos?
Siento la lluvia empapando mi equipaje y mi ropa con esa indefinible nostalgia
de lo ya vivido.
Las calles son cuestas hacia abajo

que llevan hasta los arrabales
y las fétidas aguas del río comunican
un escalofrío verde y gris.
Las ratas se entretienen dibujando vírgenes en el suelo
y las cucharas brillan esta noche más que las estrellas…
¿Eres la mujer de mi vida?
Besos fríos, muerte espesa.

Trae la noche y cubre mis ojos
hasta que la oscuridad me haga cerrarlos.
Eso es todo lo que te pido.
No quiero saber nada más.
Iré hacia el centro de la tormenta,
descalzo,
y no buscaré palabras para nombrar el caos
sino que me albergaré en él,
serpeando por el sendero que lleva hasta Belén.
Rezaré mis oraciones frente al altar
que guardas entre tus muslos de barro.
Tú o alguien muy parecido a ti.
Trae la noche, niña de los besos lánguidos,
protégeme del corazón de las tinieblas,
de mis sentidos,
de la luz
que me desuella la piel en carne viva,
sobre las manchas del aceite de los ríos
y las nubes de azufre.
Yo soy el más elevado tributo al Dios de la Indiferencia,
el Hombre Congelado.
Las ruinas son el único refugio para los débiles,
los torpes y los muertos en vida.
El ayer es hoy y probablemente será mañana.
Gatos de pelaje eléctrico
–verde, azules y rojos–,
ronronean al acariciar mi cuerpo llagado,
tendido
sobre una alfombra acribillada a lamparones.
Ellos son el señuelo que nos guiará en el bosque,
cuando juguemos a echarnos a faltar,
cuando el hambre nos queme las entrañas
con más virulencia que el amor.

Trae la noche, mujer de las mil caras.
A cada deseo te cambio el nombre
bajo la lava ardiente del volcán escarchado.
Mujerpequeñaaltarubiamorenadepechosgrandes y pechos
pequeñosniñamadrehermanaamiga y duende.
Quisiera apagarme como una estrella fugaz,
untarme en el bálsamo de tus templos de sal y azúcar,
tu cuerpo convirtiéndose en laurel,
y la harina guardada en la trastienda.
Trae la noche porque solo hay un elixir
para el hastío.
Trae el dolor, trae la enfermedad,
trae la muerte ungida en forma de llanto y resentimiento.

Dormí anoche con tu recuerdo tibio,
estrecho y erizado
pero no quise nunca mirarle a los ojos,
preferí ensortijar mis dedos en tu pelo rojo,
morder tu boca rota.
Le pedí que me estirara de los brazos
en cuanto supe que podía perderte,
y que me cortase la lengua
en cuanto supe que podía quedarme mudo.
Bésame porque un beso es solo un beso,
bésame porque sigo apagando las velas
con los dedos sin un soplido,
porque tengo miedo y frío.
Sí, ya lo sé, un beso no es un cuchillo
pero a veces corta igual.
Dame, si puedes, la llave del ayer,
la adormidera que me inyectabas en la garganta
al besarme, a cambio del veneno que yo te inoculaba
a través de tus salados y nuevos labios.
Aquel aroma, aquel aire, aquella sensación
que ahora sé que no me pertenecían,
todo fue un regalo,
una amenaza,
una cruenta carta de amor
enviada desde el cuerpo que reposa en el fondo
del estanque,
con los ojos comidos por los peces y las mejillas
de color azul.
Concédeme tu cuerpo y haré una flecha afilada
pero a cambio, haz tú con el mío
una piel de tambor
con el que enviar señales de socorro
hasta más allá de las paredes de esta prisión.

Anoche dormí con un animal hambriento y caprichoso,
con manos y ojos en vez de corazón.
Siervo y señor, al fin y al cabo, esclavo.
Más tarde, antes de que yo despertara,
el animal murió.

Las nubes son peces en el cielo, cariño,
aquí tan lejos de ti,
como puede estarlo la distancia
que no se encuentra en los mapas.
Flotando en la piscina,
ebrio de pequeñas cosas,
hambriento de todas las demás,
llagada la espalda por un sol de manos abrasadas.
Quisiera que me vieras ahora,
soy una quilla de oro con solo juntar dos dedos.
Puedo abrir el agua y el cloro como si nada.
Ni los hombres ni el viento detendrán jamás
al buque fantasma.
¿Jugamos a besarnos tras los setos del jardín
o procedemos a extirparnos el corazón
ya, directamente…?
Ayer llovieron ríos de barro y muerte,
arrastrando en su cauce miles de cartas abiertas y cerradas,
aguijones envenenados de hombres enfermos.
Hoy por la mañana,
en la cocina que da al patio,
había más de treinta cucarachas agonizando, lentas.
El Rey de la Creación.
La pesadilla está aquí abajo,
con nosotros,
en el fondo de las piscinas y las aguas tranquilas.
El vientre de los océanos y los torrentes
está vacío y azul.
Millones de cocodrilos blancos y ciegos
acechan en las alcantarillas
de una ciudad inventada llamada Nueva York.
Soy el Rey de la Creación,
cariño,

aquí,
tratando de olvidarte,
intentando odiarte a besos y mordiscos,
a base de golpes y más besos.
Daría mi vida por no dejar de hacerte el amor.
Daría mi vida por amar,
por poder engañarme.
No quiero volver a hablar ni escuchar a nadie.
¿Jugamos a perseguirnos entre las canciones
o probamos a nadar por este mar de los Sargazos…?
Ayer llovieron ríos de barro y muerte
y todos los niños que no habían cenado a las siete
fueron engullidos por los torbellinos del cielo.
Puedes creerme o no, mi vida,
pero algún día volveré y te haré sentir mal.

Bajo estas sábanas acecha un avispero de violetas
pero yo ya no puedo embriagarme en su brisa blanca
porque ahora los pétalos se me pegan a la piel
como ventosas,
garfios afilados,
crueles saetas de goma.
Porque cada mujer huele de manera distinta
y porque es fácil enamorarse de una sombra
en la distancia
que todo lo inventa y consume en zarzas bíblicas.
El desencanto
ni se paga ni se olvida nunca del todo,
siempre anda ventilándose como una sábana sobre los alambres.
Luz de velas en el teatro vacío.
¿Qué puedo hacer para no perder nada de lo que ya no tengo?
Sí, podría escribirte cartas,
miles de ellas
–ésa es toda mi promesa de amor eterno–,
de un lado a otro de este arco iris azul,
con el remite inventado de lápiz rojo
y el sobre blanco y suave como el horizonte,
como la muerte que besa a oscuras,
a suspiros cortos.
Sí, podría escribirte cartas
y ser el espectro nacido de la lejanía y el dolor,
con el cuerpo cubierto de ceniza
que se acerca hasta tu casa
para ocultarte la luz del sol,
taponar con un corcho el aire que respiras,
introducirlo
en una oriental botella de drogas maravillosas.
Bajo estas sábanas acechas con la espalda quebrada.
Ven, gírate y mírame a los ojos,

solo soy un perro enloquecido de tanto correr
con cientos de latas atadas a su cola,
porque no hay noche lo suficientemente oscura
ni océano tan profundo
como para darme cobijo, ni tan siquiera
consuelo.
Vuelve a la cama. Quiero olerte,
quiero huir
a través de ti,
perfumada,
y deja ya de buscar por la ventana la lejanía
pues ésta se halla goteando desde mis ojos.
Vuelve seas quien seas. Necesito calor
que derrita la escarcha que crece dentro de mí.
Quizás no seas muy bonita pero al menos estás viva
y hueles bien
(tedeseotedeseotedesotedeseotedeseotedeso).
Y ahora, mientras –desnuda, con un Lucky en los labios
y los brazos casi en cruz–
tratas de recoger toda la lluvia que cae en el alféizar
te miro y pienso en matarte
y morirme yo luego.
Lánzame al abismo,
rompe el vaso opaco de mi consciencia
y enciérrame mil años en esta habitación
alimentándome solo de tu aroma y de tus besos.
Déjalo, no digas nada,
ya sé que eso es imposible
porque las cartas se escriben a solas,
en el miedo a ser olvidado,
y porque las mentiras a lo lejos parecen gigantes
y los sueños de cerca solo son molinos de viento.

Porque cerrar los ojos es algo más
que ser cobarde
y llorar es algo más que llorar.
Porque soy algo más de lo que soy y de lo que parece,
y también algo más de lo que se oculta, tiembla y palidece.
Porque quiero escapar,
huir de aquellos que tanto me aman,
de aquellos que saben mi nombre,
de todos los que me sostienen,
de los que me buscan y aún no me conocen.
Más allá de los días y de las noches
que se visten puntualmente de vísperas
de lo que no llegará.
Más allá de los labios y de las caricias,
más allá del más allá.
No buscar, no perder ni soñar.
Que nadie trate de secuestrar la vida
ni intente detener la muerte.
Que todo gire y gire
hasta hacerse diminuto y cálido,
hasta que no se distinga el horizonte.
Alabados sean mis sentidos
porque desgasajada la carne de mis huesos
y perdida la amarga conciencia
ellos poblarán la tierra.
Alabados sean la soledad y el silencio,
la muerte y el agua de lluvia.
Alabado sea el dinero
y malditos todos aquellos que lo tienen.
Alabada la negra noche y la fuente verde
y malditos sean todos mis versos.

EN EL PARQUE DE LOS OSOS

Ayuntamiento de Málaga

Febrero 2001

En el rompeolas

Gota a gota.
La máquina ósea, el estallido del metal y la sangre.
Estoy temblando llevo un abrigo estoy sentado
en el cemento, cerca de las olas.
Apesta a cerrado apesta a muerto apesta a silencio.
Y hay niños morenos guapos hombres morenos guapos
con los cuerpos completamente tatuados
de águilas azules, cuerpos de mujer,
cadenas de oro, Cristos y también puñales,
zambulléndose en las aguas,
buscando anzuelos,
piedras con las que romper sueños y cristales.
Gota a gota,
el próximo amor me durará siempre.

Barry Lyndon

El triste Barry Lyndon baila
con un par de putas portuguesas,
mitad gitanas mitad hembras,
en la fuente de donde nunca
manó agua ni durmieron peces.
Son más de las dos,
también más de las tres.
La gente en sus casas duerme
sobre camas que un día
heredaron de sus mayores,
con la música baja, quizás,
los cabellos alborotados y el televisor
dibujando una y otra vez
bellas películas sin final posible.
Barry Lyndon cojo, Barry Lyndon sin afeitar:
con sus botones mal abrochados
con sus frases galantes sus venas rotas
Barry Lyndon y sus amigos muertos.
Por todas partes todo cerrado
y nada que valga la pena salvar.
Barry Lyndon loco, Barry Lyndon en cinemascope,
bailando en este acuario de asfalto
para que lo podamos ver todos.
Con sus manos engarfiadas sus pies descalzos
su gorra de marinero sus amigos policías.
Envuelto en el sueño de las sirenas azules,
rebuscando entre la basura,
Genio y Príncipe que degüella
a las víctimas que después ama y olvida.
Barry Lyndon ya no asusta a los coches.

Barry Lyndon ya no enamora a Dios.

Childe Harold

Te invoco desde loquenuncapasó en nadiesabedónde.
Y que Dios perdone a Dios
pero Dios me asusta
porque Dios solo es otra mujer
chantajeando siempre
con un diluvio de sensaciones y perfumes.
Con abrigos que andan solos
y alfombras empapadas de sudor y miedo
en casas de apenas una sola habitación
a las que no puedes volver
ni intentar escapar.
Tartamudeo,
Moisés sin cayado,
de bruces contra la roca
y de la piedra nunca brotó agua alguna.
Quiero poder cerrar los ojos
y soñar que no viví nada.
Con la brisa besándote los labios
y la noche haciéndose sitio en uno de tus bolsillos,
con la lluvia dibujando nombres en el salpicadero, buscando algo que siempre
parece estar en otro lugar que no éste.
Y que Dios no me perdone.
Y que Dios me borre
para siempre de sus oraciones.

Una estufa tosiendo

Un mundo en forma de corazón
y una mujer que se rompe,
que se deshace en el mismo plato
donde el viejo Don Melitón
hizo bailar a sus tres gatos.
Un corazón en forma de manzana
y la estufa tosiendo
–¡cof,cof!–
en la habitación donde duermo.
Debajo de las almohadas se está solo
y en los besos polizones
que viajan, sin tú saberlo,
en el tren suave y lento de la nostalgia.

Una manzana en forma de corazón,
una espalda rota y un nombre extraño.
Los pájaros gritan enloquecidos,
atrapados en jaulas celestes
de promesas nunca dichas,
alrededor de nuestros conjuros,
de nuestras cruces en la frente
de yeso y tinta china.
Un mundo en forma de estufa
y una niña de cien años
–¡cof, cof!–
en la habitación donde duermo.
Debajo de otra piel también se está solo.
Y en los besos de Judas
que se esconden, sin tú saberlo,
en la alfombra áspera de los labios.

Un mundo en forma de corazón,
una mujer, una manzana
y una estufa tosiendo
–¡cof, cof!–
en la habitación donde duermo.

La recuerdas mala/1

La recuerdas mala como son malos los animales: sin un más allá. Afeada, con el pelo en la cara, una mueca simple, chillándote, tratándote de alcanzar con sus manos manchadas del hollín de las persianas bajadas. Te recuerdas torpe, sin saber qué pensar pero a la vez, tan certero al ensartarle las muñecas, al parar sus golpes, al enfrentarte cara a cara con ella y amenazarle en la súplica que no gritara más, por el amor de Dios, que se tranquilizara, que no pasaba nada, que todo era un mal viaje, una mala noche y un mal momento para casi cualquier cosa.

En el parque de los osos

Con un ramo de flores desafía a la tormenta,
y al pasar, el ciprés saluda con un guiño burlón.
Las arañas se emborrachan entre las ramas
con dedales de fruta fresca y licor.
Eso es todo en el parque de los osos.
Es fácil esconderse en sus mil rincones
y ser un erizo como yo también.
Cadenas de oro, de cuerda, de latón,
cadenas de esparto,
cadenas de hueso, de tela, cadenas de papel
para ceñir las cinturas,
para atar las manos a las nubes,
a los días
que son devorados por el misterio.
Aros y cadenas de humo y un ramo de flores
con los que desafiar a la soledad,
a los hombres y a las canciones de amor.
Y un amigo llamado Vidrio que vive en una ventana
y una armónica hecha del material
de los aviones ligeros, pájaros lentos
que, al pasar, revientan paredes,
desbordan ríos y abrazos.
La luz del amanecer llega
e incinera labios que no son más
que ceniceros de antiguos besos,
hormiguero atroz preñado
de cigarras y consonantes.
Y a pesar de todo, es fácil hacerlo:
esconderse en el parque de los osos
y ser un erizo como yo,

ser un cactus como yo también.
Y al ir a dormir despedirte del ciprés,
bajar la basura, cerrar todas las luces,
con Louis Amstrong desde el fondo del inodoro
llorando por debajo de las ingles
que éste es un mundo maravilloso.

Dábamos vueltas

Para Uri

Era feliz yo aquella noche
porque tenía los dedos helados
y no me importaba nada.
Colocado. A muerte.
Dábamos vueltas.
Un oso. Una oruga. Un castor.
Fuiste mi cometa,
unida al mundo por un dedo,
unida al mundo por un par de huesos. Y tú decías:
‘no te necesito no te necesito no te necesito’.
Hablabas con los muertos,
abrías puertas,
levantabas tejados a tu antojo.
Cavando con los pies grutas en la arena,
arrastrando, torpe, las alas rotas,
mariposa de los veranos que nunca acaban.
Dábamos vueltas.
Un picahielos. Un coche. Un tenedor.
Pero la brisa acabó por enfadarse conmigo:
arrojó mi mechero al agua,
me quitó para siempre la voz.
Y tú decías: ‘te necesito te necesito te necesito’
pero él –fuera quien fuera– no podía oírte.
Dábamos vueltas.
Un perro. Un barco. Una piedra.

Nina Simone cantando *'For all we know'*

Nina Simone estaba cantando *"For all we know",*
era jueves y llovía.
No se podía ver nada a través de los cristales,
no se podía oír nada a excepción de la lluvia
y de Nina Simone cantando "*For all we know"*.
Pienso en las noches. Pienso en los amantes.
En la lluvia calando los huesos de los muertos,
en las mesas de mármol blanco de los cafés.
¿Dónde están ahora todas las mujeres que me amaron,
las que prometieron que nunca me abandonarían,
las que apuntaron su número de teléfono
en blancas servilletas de papel…?
¿Dónde acertaron a esconder las manos,
los besos que no quise ni supe contestar…?
Nina Simone estaba cantando *"For all we know",*
era jueves y seguía lloviendo.
No se podía hacer nada para que cesara la tormenta,
no se podía hacer absolutamente nada
para evitar seguir viviendo.
Solo pensar en las noches y en los amantes,
en Nina Simone, la lluvia y *"For all we know"*.

La ropa vieja de las almohadas
cruje en cuanto la tocas.
Nuestras abuelas eran sabias,
no se sorprendían de estas cosas
pero nosotros, en cambio,
miramos, miramos y no creemos.
Y hoy, otra vez, ante nuestros ojos,
el milagro toma forma, se hace real.
Ella crece y crece sin poder parar,
monstruosa e inconsolable,
hasta que todo es abajo y pequeño.
Alarga el cuello y desatasca la chimenea.
Sus brazos sobresalen por ventanas,
sus piernas atraviesan puertas.
Alicia escuchara consejos y amenazas
–llanto oceánico, soledad terrible–
pero no hay hechos ni esperanzas
que la puedan convencer
para que deje esta noche de beber.
"Oh, Piedad" le grita la habitación
mientras gira a su alrededor
"solo soy un reloj un beso una pared
y nadie puede arreglarlo".
La vida es nada pero importa.
Quizás por eso, para eso, a pesar de eso
ella sigue bebiendo furiosamente
hasta ser niña y ser mujer,
hasta ser lúcida y no ver,
sobrevivir para luego morir de sed.
Hasta Valentino, el muy canalla,
a pesar de su lengua de ciervo
y sus hercúleos brazos de puta
murió sin confesar jamás el secreto.

“Oh, Piedad” –gritaba el cónsul inglés
a un extremo de la pata de pollo–
“solo soy una carta, un buzón sin fondo,
una esquina de chocolate, sí,
derritiéndome entre mentiras y añoranzas”.
La vida, ya entonces, sabía tan a poco.

Casi feliz

Casi triste:
la verja de hierro se cierra,
de golpe, en un chasquido,
como un disparo a ciegas.
Y solo entonces recuerdas
que allí antes vivió alguien.
Casi terrible:
ni eco en las palabras,
ni olas viniendo a romper
los sueños de nadie.
Todo se mantiene al margen,
solo te moja los pies,
cierra el sobre, retira la lona,
mueve el mundo de sitio.
Casi feliz, casi muerto.

La Casa del Hielo

La Vieja Casa del Hielo:
no te muevas.
A la fresca, recuerda,
en el porche del tiempo,
no hablar, no te muevas.
Fui un cadáver jodiendo con otros muertos
alrededor siempre del mismo miedo,
huyendo dios sabe de qué,
de lo tibio quizás, de lo demasiado normal.
Y todo porque el calor nos recordaba el fuego,
el fuego las brasas y éstas
el dolor que un día se apaga.
Quise estar frío.
Como una mesa,
como un mecano.
La Vieja Momia De Madera,
el ruido metálico en el pasillo:
todos los bares cerrados,
todas las norias dando vueltas.
Mierda cuarteada, fardo glorioso.
No lo olvides mientras vivas:
la ropa no se ensucia si no sudas.

Ícaro

Ícaro bendito borracho respira fuerte cuando duerme
–¿por qué?–.
Y todas las velas que robó en las iglesias
están fundidas en recipientes rojos,
recipientes amarillos, recipientes celestes.
Ícaro golpeando cajas de cerveza en el callejón
–¿por qué?–.
Unas alas de cera.
Los mismos besos de siempre,
el mismo sabor de la misma saliva.
Ícaro bendito borracho lee libros de noche
–¿por qué?–.

Para Luz

Encanté una serpiente para ti,
hace tiempo,
en un restaurante ruso de Constantinopla
mientras en la cocina
–brazos apestando a lejía,
lustrosas colas de merluza
sobre mármol inocente–
las sirenas se convertían en laurel.
Era el preciso instante
en que Jack Nicholson
las ponía
sobre harinadas mesas de madera
y hacía el amor con todas ellas.
Llovía sobre Estambul,
era fácil sentirse
tan desvalidos, embriagados
por la dulce eternidad que daban
cincuenta años aún por vivir.
Las manzanas yacían podridas en el cesto
y el corazón del enano
crujió
en el momento justo
en que se hacía trizas
contra el suelo.

Qué rosa amargo

Qué rosa amargo, qué pérdida de tiempo,
qué noche rota a golpes,
sin posibilidad alguna de ser
cualquier otro, otra boca
con distintos besos y palabras.
Qué guardas en la despensa,
qué busco dentro de ti,
qué nombre tienes, qué soy.
¿Me dirás lo imprescindible
para poder rellenarte de aire
y pasearte como un globo
por los cielos abiertos de esta ciudad?
Qué torpe, qué vanidad,
qué de puertas selladas,
qué madrugada de fábrica,
pálida y vaporosa.
Abriéndote estoy de par en par
a la noche más oscura que escondes.
Qué agradable, qué terrible duermevela,
qué nombre tengo, qué soy tú.

El almuerzo desnudo

Cuando estás abajo,
en un agujero,
las estrellas se pueden comer,
cocidas en un inmenso
plato de sopa.
Los ojos mienten, las manos no.
Y la tarde huele a lluvia y la lluvia a noche
pero los ojos mienten, las palabras no.
Y a veces,
cómo no sorprenderse,
viéndote pedir fe al mundo
cuando tienes una iglesia ardiendo,
noche y día, en el corazón.
Quererlo siempre todo.
Quererlo todo ahora.
En un extremo del tenedor,
frío, de acero,
un trozo de salchicha untada
en económico tomate frito.
Solo, abajo, en el agujero.
Los hombres mienten, las mujeres no.
Y el pelo de mis amantes
huele a lluvia y la lluvia a tu ausencia.
El vértigo del sueño,
el misterio de la vida imaginada
como un bendito dolor.
Atados siempre a alguien,
esclavos del domingo, del lunes también.
Esclavos de un nombre y sus letras,
esclavos del Edén y de su Exilio.

Ya lo sabes: los ojos mienten, los hombres tampoco.

Tener y no tener

Tengo dos labios.
Creí que ellos abrirían los armarios de madera vieja,
las cartas de encima de las mesas.
No sé hablar no sé esperar
no sé tener fe no sé perderla.
Tampoco olvidar.
Llueve agua bendita
pero agua que bendice
nunca quita calor.
Cierro los ojos mientras
la nostalgia se da un pretexto
y baja a la calle
a comprar tabaco y caramelos de fresa.
Siempre hay una tormenta triste
para tardes como ésta, de pelo sucio y dorado,
enmarañado, de niña pobre, niña enferma.
Tengo dos manos.
Tengo dos ojos también.
Por eso es fácil sentir
la navaja de cristal que cose
las llagas al tiempo que las desgarra,
la muerte ocupando bancos de piedra,
la boca embrujada,
los cuerpos dormidos en caldo de gelatina
y dulce de manzanilla.
La melancolía, con sus ropas mojadas,
te busca los labios.
Ha estado lejos para así
alargar más su sombra,
para desplegarse como un látigo

en un chasquido que sorprende
como relámpago en cielo de verano.
Ha estado escuchando las cisternas enloquecidas,
la música muda de los gansos en estanques de cal
donde no quieren ahogarse los muertos que no son amados,
que no tienen motivos ni tampoco flores.
Tengo un nombre o quizás más.
Tengo a mis espaldas,
el silencio de los armarios de madera vieja,
la lenta agonía
de las cartas de encima de las mesas.
Pero la Vida,
finalmente,
te busca los labios
y tú se los das esperando un beso.
Pero ella apenas se limita
a arrancarte la lengua de cuajo.
Tengo una casa.
También tengo un coche.

ILUSIONES Y SUEÑOS DE 10.000 MALETAS

Editorial Libertarias/Prodhufi

Mayo 1996

La advertencia

Vamos a atravesar esta noche de invierno
de costa a costa, hecha unos zorros, abierta en canal.
Vamos a bebernos el viento llegue de donde llegue,
a cerrar los ojos, con los huesos rotos y la nariz
sangrando litros de jarabe para la tos.
Vamos a escudriñar los secretos que se esconden
en las líneas de nuestras manos, en las vísceras
de las aves, en el papel blanco de las recetas.
Vamos a cruzar la tormenta de nieve,
vamos a vagar por esta interminable
noche de los olivos.
A rezar todas las oraciones, a escuchar todos los consejos,
captaremos la esencia de la vida
y trataremos de recordar la frase final de los cuentos.
Vamos a estar más unidos que nunca
en esta noche de invierno,
con la lluvia queriendo entrar,
matándose contra las ventanas, contra el techo
de nuestra casa de cañas, madera y ladrillo.
Vamos a llegar hasta el horizonte, hasta el verano,
hasta mañana si es preciso.

¿Qué hay al fondo del pasillo?
Miedo infantil a la oscuridad,
miedo de que la muerte vuelva a la vida
y sepa dónde guardamos el dinero y la sal.
Es esa habitación: no mires.
Es tu madre, un pez con ojos de pez,
desovando huevos y canciones italianas.
¿Qué esperas para venirte hasta allí,
a la luz amarilla del fondo del pasillo?
El crujir del serrín bajo los zapatos,
la noción de robarlo todo y el dolor
tan fuerte que ni lo sientes ya.
Es esa habitación: no mires.
Es tu madre: no la reconocerás.

Como Lázaro

Como Lázaro, una segunda oportunidad.
Si es difícil venir de la nada y sobrevivir,
imagínate llegar de la muerte y echar a andar.
Cómo Lázaro nacer del aliento de otro,
en la putrefacta humedad del vacío
que hay más allá de las llagas y de la infección,
del cerrar los ojos y no poder descansar.
No hay nada que hacer en este mundo,
no hay más mundo que éste,
no hay más vida que la vida que perdemos.
Sexo triste como el de Lázaro,
verborrea como la del desconocido colocado,
agónico, terrible, mártir ridículo
cegado por las cucharas del caballo,
harto del amor de los hombres.
El Templo está a estas horas, vacío,
se asemeja tanto al universo acuático
por donde discurren las maletas,
esos aeropuertos pulcros y suaves,
estaciones de mundos improbables.
Cómo Lázaro, una segunda vez.
Si es difícil no oler a muerto estando vivo
imagínate llegar a casa y ponerte a limpiar,
retirar los platos de la mesa,
evitar los terrores nocturnos,
volver a encalar las paredes.
Levedad como la de Lázaro,
maldito yonqui
atravesado por jeringas de agua bendita,
lanzas hipodérmicas, facturas del Seguro Social.

A Montse Cuni, por la historia.

Tuvimos que dar el gato porque podía arañarme.
Y aprender a vivir con este perfume triste
impregnando de arriba abajo la casa,
adherido a todas las personas que me querían,
que compartían conmigo los días arrancados
a la fatalidad, a la autoinmolación, al chiste.
Y el gato no quería irse, no entendía el por qué
y, bien pensado, yo tampoco.
Nunca te sientes tan vivo como cuando se te pudre
el cuerpo, nunca tan hermoso como cuando dejas
de mirarte en los espejos, nunca tan digno de amor
como cuando ya no te quieren besar en los labios.
Y el gato maulló y maulló por el jardín
aquella noche y las siguientes noches
hasta que tuvieron que llevarlo a otra casa,
con otro dueño con manos y sofá
donde él pudiera afilarse las uñas.
nunca te sientes tan vivo como cuando te mueres,
nunca tan solo como cuando pierdes
la fidelidad de un gato, el poder de acariciarle
el lomo eléctrico y dormirte ronroneando de amor.

El brujo

El brujo habla y no dice nada.
Dibuja garabatos en un sobre
y envía cartas y postales a la muerte
tratando con direcciones falsas de engañarla.
La vida es blanca
y se escribe sobre papel blanco.
Siempre ha sido así
¿por qué iba a cambiar ahora por mí?
Quizás haya un motivo
en cada una de mis encías,
en estos dos hilos de alta tensión,
quizás un por qué en este río de mercurio
que me ennegrece los dientes
mientras fluye pausadamente
hacia ningún mar.
En algún sitio debe haber respuestas.
Estoy seguro de ello.
¿Por qué si no, me avergüenza mi propio dolor,
por qué muerdo entonces la almohada
y pruebo de no gritar?
¿Por qué aun aquí trato de no molestar,
de ser mejor que los demás,
de caer simpático bailando martes y jueves,
convulso bajo la luz blanca
que ciega pero no cura,
saturado de peyote y dexedrina,
doblado,
deseando con todas mis fuerzas
tener alma pero no cuerpo
pues éste está enfermo y tira hacia adentro,

pudriéndome las alas de negro,
gangrena y tierra?
En algún sitio debe haber respuestas.
Seguro.
Caídos desde el cielo hay ángeles
que no saben aún que las nubes no son de algodón,
que todavía creen que de un túnel
siempre acaba saliendo un tren.
Sé yo que les molesta hurgar en las llagas,
mirar a los ojos,
retirar los meados,
agujerearnos el culo
pero también sé que les da igual,
que todo es normal,
que pueden vivir a pesar de eso,
con los días divididos en horarios,
turnos y medias jornadas
en el reloj de la sala,
en el círculo amarillento del pijama
que todos tratamos de disimular
cuando nos cambian las sábanas
y dan la vuelta a nuestro colchón.

Feliz navidad

Alguien, con el dedo embadurnado en mermelada
me dibuja una sonrisa en la cara cada mañana.
Luego, a veces, me cuelga bolas de colores en la nariz,
en las uñas, en las orejas, en la comisura de los labios,
en la hebilla del pantalón
y me saca al jardín a pasar frío, con un rótulo intermitente,
azul, rojo, verde, azul otra vez:
todo vendido, no hay habitaciones, feliz navidad.
Y de tanto en tanto escondo un diafragma en mi vagina,
y drogas y mapas de tesoros que nadie encontrará jamás.
Y una vez al mes ese mismo alguien
con un cuchillo al rojo vivo
me ciega los ojos
pero yo pienso en mi madre y lloro.
A veces bajo al bar y me pago una copa,
tres monedas en la máquina y una mirada al tendido,
con la risa tonta de la que no sabe nada
porque es una idiota con la cabeza
llena de aire y pajarillos,
con venas de mimbre y un corazón de porcelana
que nadie se molestó en romper jamás.

Eres un Holocausto

Menudo Holocausto con esos ojos tan tristes,
a medio vestir,
al pie de la cama,
sin saber qué hacer ni qué pensar,
ciscado en la mierda
que ha llovido en las horas
que lentas fueron pasando
desde lo más lejos
de ayer mismo.
Se ha ido para no volver
y hay que levantar el día desde abajo,
otra vez para nada.
Y ella te decía: “Trata de gustar a los otros.
Ellos han de salvarte”.
Pero qué cambiar cuando se es una tragedia,
un desastre, la plaga de las langostas,
una ruina de ojos hundidos,
desolados,
medio desnudo,
caminando descalzo
sobre el cristal roto de los sueños,
mirando fotos, releyendo cartas,
invocando el fantasma de una madre muerta,
temblando y fallándole las piernas
a la vieja
mientras buscaba muda limpia
con el neceser y la cartilla
y las gafas de ver de cerca.
Y se tiene uno que enderezar
para que no le aplaste el silencio

ni se lo coman los vientos de la mañana.
En el fondo para nada.

El gato de Ana Frank

Con un eco galáctico
las viejas cañerías que anticipan la lluvia:
óyelas desde el hoyo,
ven a verme escribir.
Piedras y manzanas
cayendo sobre la uralita,
reventándose y petándose de risa
al abrirse la cabeza desde el centro.
No escuches cómo respira,
no hagas ruido, aún duerme
sobre el cojín de mi hígado,
entre las patas de mi páncreas.
A veces parece como muerto,
otras ronronea,
late debajo de la carne hecha madera.
Nunca había reparado tanto en mi cuerpo
como desde que el gatito de Ana Frank
viaja a través de él,
inconsciente y juguetón,
detrás del ovillo enmarañado de mi intestino,
desde el cuello a los pies,
galaxia de polvo y amperios de luz mezquina.
Hay quien ve una espada allá arriba,
hay quien ve plumas de ganso,
hay quien ve a Dios
y hay quien no ve nada.
Llega el mugir de los arañazos en el pasillo,
de madrugada, de repente, un descuido
que sirve para despertar a todos los Hitler
camuflados a lo largo y ancho

de mi colon, junto a mi marido,
en la cama llorando,
haciéndose el dormido.

San Martín de Porres

Santo de las ratas
en yeso negro sobre la mesilla
o en plástico bajo mi almohada, el mismo
que durmió con mi madre, decapitado y aún
antes, con la cabeza sobre los hombros,
un leproso abrazado a las rodillas
y un ratoncillo subiendo
por las hebras de su escoba.
Santo del alma hecha jirones, retales
de hombres, remiendo de piel y carne,
de Papillón escapando de islas y más islas,
santo de los sin nariz,
sin familia ni esperanza, colérico Ben-Hur.
El pelo ensortijado y la mirada dulce y
buena, con todo el polvo acumulado de
tantos años de insólita devoción.No creas
que olvido nada: tú me salvaste al nacer, tú
embrujaste de amor a mi mujer, tú
dejaste calva a mi madre y te la llevaste a barrer
contigo, allí donde tanta falta debía hacer.

La sopa

No es que haya perdido la fe en ti
es solo que ya no creo nada de lo que dices.
A veces, me sueño fuerte y hermoso.
Con un trono de madera vieja
hincado en la arena de la playa
me veo con una espada de cartón
retando a las olas embravecidas
de un mar oceánico y terrible.
Me siento orgulloso de mí en éste,
mi país inventado,
donde aún puedo hacerte gritar en la cama,
donde aún puedo mover las caderas
y ya no tengo que darte las gracias
por cada cucharada que me acercas a la boca.
Es este duermevela pensado por un escorpión,
olvidado para siempre en la crisálida
de la peor de las pesadillas,
en el que la vida se reduce a querer ser otro,
de otra manera, de algún modo,
a solo odiar con todas tus fuerzas
esas puertas eternamente abiertas,
esas ventanas altas, estas llagas en las piernas,
esa dulzona compota de compasión y antidepresivos,
estas sábanas empapadas de orina y restos de sopa
que dentro de nada me vendnis a cambiar.
A veces cierro los ojos y me veo.
Voy corriendo hacia ti y te degiiello el pescuezo.
Luego, desde una ventana,
salto al vacio y pruebo echar a volar.

A los días, de vez en cuando,
les da por enguantarse los dedos
con suaves medias de seda
y jugar a abrir la caja
de los valses tristes.
Es una pena
que aquí
nadie necesite ya besos
sino quillas de acero
que abran de par en par
las aguas del mar.
Y al tiempo que los pensamientos
vienen, se posan y marchan,
las piernas nos adentran en la tierra
como raíces que la mordieran
por primera y última vez.
Solo existo si pienso que me hablo,
si pienso que me contesto y
aún estoy aquí, pensando que pienso
que me escuchan hablar.
Esta torpe sinfonía
de gomas que constriñen
la piel a los pijamas.
La Estufa Fría
de este penetrante hedor a muerte,
a orines sometidos a un orden
pulcro, exacto, lógico
que inunda todo este invernadero,
crueles vendavales
de colonia y lejía
que llegan a deshoras.
Solo existo si me miran,
si me limpian.

Solo hablo si me escuchan,
si alguien trae el periódico
y se deja por hacer
el crucigrama.
Y los ángeles se ríen tapándose la boca,
a escondidas, cuando no los vemos.
Se avergüenzan de su risa, de sus dientes.
no tienen sexo bajo sus batas blancas
pero de todas formas pueden follar igual.
Solo escucho si me hablan.
El estruendo de las jeringas
enterradas bajo la pus de las gasas,
las paredes pintadas en blanco y menta,
el crucifijo hecho con judías y piel de plátano,
la luna de hueso apenas anochece,
los guantes rotos, la visita del enfermo que ya sanó.
Bendita prudencia de los débiles,
Virgen de los Insectos
que acomoda almohadas y refresca
las bocas resecas por el olvido.
Solo existo si me sondan,
si me miran y me ven.

ALGUNAS MANERAS DE OLVIDAR A GENGIS KHAN

Editorial Hiperión
Premio Valencia de Poesía
Noviembre 2004

Breve historia de la música occidental

Imaginemos a Cole Porter
vencido frente a su piano de cola.
Teclas blancas y negras, Dubonnet
con algo de hielo en un vaso largo
y una de esas batas de seda
que el hotel más caro de Nueva York
se deja robar por gente como él.

Noche en Manhattan y Porter piensa
que alguien nos arrojó a este infierno,
arcádico caos de puertas y muros.
Construimos amores, casas, canciones
para cobijarnos en este mundo
que no es nuestro, que jamás lo fue.

Clave básica para reconocer
(the music of) Cole Porter:
no te obsesiones con el estribillo.

Fantaseemos ahora con McCartney,
confuso y malquerido, frente al piano.
Teclas blancas y negras, bola de hachís
y un diario con Lennon en la portada
junto a uno de sus alegatos
de millonario un tanto gilipollas.
Verde campiña, Linda y las ovejas,
los niños, las tontas fotos divertidas…

Paul esperaba tanto de nosotros.
Pero solo somos torpes bolas de billar
con números, color y esquinas distintas,

chocando unas contra otras
–rutinas y carambolas imposibles–,
hasta hacernos víctimas y héroes,
ricos, pobres, crueles, despechados,
villanos, santos, también cabrones.

Maneras de saber si la canción
es o no de James Paul McCartney:
si fuera de John la habrían hecho
Patrimonio de la Humanidad.

Reparemos entonces en esta roja nariz.
Pelucas polvorientas, inviernos crueles
y mil hijos en clave bien temperado.
Teclas de clavicordio, olor a cera
y un hombre que tiene miedo
de que le sepan enfermo,
de ser espiado detrás de los cristales,
mientras compone fugas a ningún sitio.
En la cama, bajo las mantas, su esposa
anhela morir en el próximo parto.
Ella bien sabe que por nosotros mismos
no existiríamos, que solo somos
lo que alguien arranca al herirnos.
De ahí que, en lo más espeso
de la noche, en la niebla más impenetrable,
salgamos a los caminos
con la esperanza de tropezarnos
unos con otros y así,
por un momento, volver a la vida.

Pero no desesperes:
si no es Haendel ni es punk
ten por seguro que se trata de
Johann Sebastian Bach.

Roma. Medianoche. Plaza de España

Escalón a escalón va rodando
una botella vacía de cerveza.
Verde, alemana, rodando, sí.
Todas las risas y todos los gritos
han callado sin porqué.
De repente solo está el silencio.
Calla ese negro empeñado
en invocar desde el fondo de la bahía
al viejo Otis Redding,
calla incluso el amante enroscado
en la boca de su amado infiel.
Todos mudos, ahora, como maniquíes.
El sonido del cristal que no rompe
se expande por la bóveda celeste,
más allá de las estrellas y el sol.
Es de noche y ya nadie puede
ni siquiera respirar.
El tintineo ayuda a Keats, poeta,
a morir en su lecho de agua
mientras Byron, en otra habitación,
se prueba máscaras de Carnaval.
La secuencia parece interminable:
la selección azzurra marca goles
en redes de araña turcas
pero Roma, el mundo, se calla.
La pelota baja, queda dormida
en la hierba, a la espera
que estalle el próximo instante.
La botella resbala por el último
de los escalones de la Plaza

y, como un milagro, queda quieta.
Pero nadie dice nada,
nadie prosigue con lo que hacía.
Ni aún ahora. Nadie. No.
Persiste este silencio verde,
alemán, hueco, sobrenatural.
Lo nunca visto: nada comparable.
Ni el bebé del Acorazado,
ni Cristo caminando sobre el mar
ni Paolo Rossi en el ochenta y dos.

Mira a lo lejos: rojizas hogueras
que no aciertan a prender en la arena.
Seguir de pie, muchas veces,
es no saber morir.
Qué daría yo por tener el horizonte,
una azotea desde la que ondear
como señuelos, el fino
pentagrama de los huesos.
Ojos de niño con los que mirar
la última verja del Paraíso:
todo hermoso, todo perdido.
El silencio nos ha hecho sordos.
Pero no fueron las olas ni el mar
ni los sueños rotos bajo la piel.
Fue la pérdida, el abandono,
el amor que nos reventó por dentro,
que nos devastó a besos la vida,
en la fe de que alguien nos descubriera
y nos identificara como propio.
No es el náufrago quien está perdido
sino el barco que acierta a recogerlo.

Lobo

Para Santi Chamizo

Lobo hunde sus pisadas
en altas moquetas de hoteles
y la puerta giratoria le exime,
por unos instantes, de decidir.
Palacios de nieve y aeropuertos:
Lobo no ama, espera, solo espera
con ese cansancio en respirar,
hablar y mirar, vivir el hilo
que enhebra sueño y recuerdo
hasta que se te desfonda el alma.
Que inútil: ya estás muerto,
todo se repite para no volver.
Corazón de plomo y agua sucia
–diluvios, castigos, solo tormentas–,
con la que hierves leche y café
en el que botarás, ciego, tu barco
que entre escollos de magdalena
tratará de llegar a buen puerto:
solo es cierto lo olvidado
y nada te pierde en la memoria
excepto nombres y aniversarios.
Temblando de frío, hambre y deseo,
Lobo ya no llora: solo espera.

Sin prisioneros

Cómo puedo hoy dejarte con vida,
darte la espalda y esperar que
no dispares la última bala.
Cómo decirte que ya no te quiero
sin que sufras ni preguntes.
Convendremos todos en lo siguiente:
mejor un mundo a la inversa.
Enamorarse a destiempo
y desenamorarse a la vez.
Pero en fin, esto es lo que es.
Una compota de galantería,
remordimiento y Gengis Khan.
Es más sencillo, mucho más efectivo,
asesinar a un amante que olvidarlo.
Los muertos ya no vuelven a follar
ni se desesperan si llaman
y esa noche has salido y no estás.

Más que vivos

Es una estrella muerta.
Pienso en Aznavour y sus amantes,
atrapados hasta el infinito
entre canales y tercas nostalgias.
Pienso en tí, transformándote,
pagando tu amor y tu engaño
con orgasmos, cortinas nuevas
y algún exorcismo barato:
hogueras al fin y al cabo,
mantenidas con la resina
que va supurando el olvido.
Y es que en ocasiones, el amor
ni da lumbre ni alimenta.
Es un cáncer, un agujero negro
que se va tragando el Tiempo.
Es momento, quizás, de volver
a los libros, recordar
para qué sirven las cosas,
robar las palabras a sus dueños,
romper espejos y pagar
sin miedo alguno
los siete años de desdicha.
Pienso en tí y en mí,
muertos si era cierto que ayer
estábamos más que vivos.
Pienso en tu cuerpo y en el suyo,
pienso en ese nicho abierto
en el que hasta los recuerdos
han de olvidarse a sí mismos.
En ocasiones el amor no ama.

La luz

Lame como una herida,
la luz que, lenta, va iluminando
esta tramoya y este escenario,
el espinazo de este animal abatido
entre sábanas y vino caliente.
Es un desayuno frío, una cena
que anda ya recalentada:
labios que buscan deseo y amor
donde solo hay tabaco y hartazgo.
Tierras baldías, alcohol y coca,
y la vieja corona de latón
que nadie quiere ahora ceñir.
Todo eso, el mundo, a nuestros pies.
Adiós, pues, ángeles de alas negras,
nada ha cambiado tampoco esta noche.
Nada cambió anoche a pesar
de nuestros besos y de vuestro miedo.
Adiós, ángeles de negras espadas,
nada ha cambiado a pesar de conjurar
con nuestros cuerpos otros cuerpos,
con nuestros nombres otros nombres.
Nada ha cambiado a pesar de nosotros
y de vosotros, cielo, infierno y paraíso,
porque hoy, con toda seguridad,
los cojos y las feas se quedarán sin bailar
y, al apagar las luces
(adiós, adiós, ángeles negros)
en las casas de los más pobres,
volverán los ladrones a robar
(adiós, adiós) .

En un extremo de sus limpias camas
los hombres lloran en sueños
lágrimas de caimán.
Nadie sabe qué, nadie es inocente,
pero es usual que los hombres sean infieles
en apretadas horas de oficina
a aquéllas que lavan sus camisas
sin mirar nunca en los bolsillos.
Nadie sabe por qué, nadie es culpable
pero es usual también
que los hombres sueñen
con agua salada y ballenas de aceite,
negros agujeros, cumbres nevadas
y algún que otro cuarto oscuro
en donde jamás entró luz ninguna.
Piensa en todos ellos, déjate caer
frente a los cristales de la ciudad
y verás cómo saltan de la cama
en cuanto han follado a sus amantes.
Fijate: están aterrorizados.
Se han creído todo lo que han oído
y piensan que han de pagar por ello,
hacerse cargo de inmediato
cuando ni tan siquiera
la espuma del jabón ha desaparecido
en esta habitación por horas.
Fíjate cómo corren presas del pánico
por el bosque en el que serán talados,
colgados de sus propias corbatas
el día aquel en que todas las mujeres
queden de repente embarazadas
y se confundan putas y vírgenes,
vivas y muertas, madres e hijas.

La extinción del dinosaurio

Siglos ha, dicen en televisión,
cayó del cielo un gran meteorito.
Mares y cumbres hirvieron,
la tierra se abría una y otra vez:
terremotos, cataclismos, ciclones.
Siglos ha, una montaña de lava
cayó del cielo y en horas
fulminó bestias, monstruos y océanos
hasta aniquilar todo lo vivo.
Sin embargo, aún hay gente ociosa,
sabios de aquí y de más allá
que no acaban de admitir todo esto.
¿Cómo se puede dudar de algo así…?
Estas cosas pasan más a menudo
de lo que la gente cree…
¿verdad, cariño?

La peor soledad es la del centinela
(Jordi Virallonga)

Huérfano de espejos, el hombre
se sienta en un café y espera
crímenes a modo de señales,
estacas clavadas bajo la lluvia,
de aquí al infinito, junto a la muralla
de esta metrópoli inagotable,
rota y arrogante como una mentira.
En la urbe unos soñamos con pan,
otros esperamos valer un polvo.
Y todos vamos tan equivocados.
La verdad, el beso, el poema, la muerte
llega, aparece, se va, ya no está.
De ahí las virtudes del sexo anónimo,
el hilo musical, las tarjetas de crédito,
el orden de los alimentos expuestos
en las estanterías de los supermercados.
Aquí en la ciudad, unos
viven en los pensamientos de otros,
otros piensan las vidas de los demás
y todos estamos tan solos.

Desatascador

Buscas dentro de ti un arma
con la que desembozar
los desagües de tus venas,
que haga manar la sangre,
que vuelva a tañer el latido.
Pero la noche se va
coagulando entre abrigos,
bombas lapa y despedidas.
Has recuperado la sombra
y tus manos son toallas mojadas:
ya sabes herir sin que se vea.
Buscar un olor, quizás un consuelo.
Cierras los ojos, te tapas los oídos
pero aún así sigues oyendo a una mujer
que, queriéndote, no evita
que salgas corriendo
dejando tras de ti
arrozales anegados
de apellidos y mentiras.

El caníbal

La soledad no es añorar
a quien amas y no está.
La soledad es no añorar
a quien no amas y está.
Porque solo es feliz
el caníbal que sabe leer
las acuarelas de las nubes,
aquel que no mira atrás
en ninguna despedida.
El que no es querido no lo será.
El que lo ha sido dos veces
ten por seguro que lo será mil.
El que abandona, abandonará:
será fuerte y hermoso,
su belleza es el dolor de los otros,
su incapacidad para el amor
su férrea condena a ser amado.
La soledad no eres tú.
La soledad son los demás
cuando no piensan en ti.
Ríndete,
pierde la fe, no vayas al cine,
acepta este capitalismo salvaje,
sus bolsas de pobreza afectiva,
el 0.7 de amor que no llega.
No des ojos a los ciegos,
limítate a verles tropezar
y saborear ese fin
como si fuera un principio.

Lady Macbeth y su esposo
apagan la estufa y preparan
sopa y miel en recipientes
de crudo barro recién cocido.
Se meten en la cama y prueban,
sin mucha fortuna, a dormir.
A simple vista son apenas eso:
un hombre y una mujer desnudos,
sin brujas ni misterios encantados.
Solo ellos dos, el maullar
de un gato pendenciero
y muy de vez en cuando,
una estrella que se lanza,
torpe como una piedra,
contra las olas del mar.
La mujer cierra los ojos
y formula uno a uno
sus tres deseos:
“Matar al Rey y matar el amor.
Matar a mi esposo y volver,
regresar a lo que aún estará
esperando, inamovible, veraz”.
El hombre, mientras, resopla y sueña
y en sueños formula sus tres deseos:
“Matar a mi esposa y regresar,
volver a mis hijos y a mi mujer,
a la rutina que anestesia el dolor,
a aquellos dioses que no piden fe”.
Lady Macbeth y su esposo
se dan la mano bajo las sábanas.
A simple vista, todo es perfecto:
una engrasada pareja fin de siglo;
aún se desean: cada noche fornican.

Pero ella piensa en el penúltimo estertor:
“Córrete, esfúmate, desvanécete,
para volver a la encrucijada y saber
si él sigue aún esperándome,
si después de todo esto
aún soy capaz de fingir y olvidar”.
Están más unidos de lo que ellos creen:
ambos añoran el mundo aquel
en el que nadie sufría,
en el que ambos estaban muertos,
enterrados vivos
bajo diez toneladas de cariño.

Entre la lluvia y bajo los coches,
el filtro de la alegría
anda a solo un palmo del asfalto.
Ella, grandes ojos, niña grande,
me mira desde abajo,
ronronea y luego, quizás, se duerma.
Un segundo vaso, un primer beso
y la ficción de enamorarse
contra Dios y contra el mundo.
Pilas de cadáveres, a montones
bajo mi cama y mis labios,
en las rejas de mis versos,
en olvido que regresa
con la esperanza ciega
de ser, por fin, olvidado.
Ella, grandes ojos, niña grande,
me pide un jersey y se lo doy.
Hace frío, llama un taxi.
Un segundo vaso, un primer beso
y la certeza de que te amo
a pesar de la mugre de tus mentiras
me hace más débil, más triste,
más mísero pero también me encanalla.
Ella, grandes ojos, niña grande,
se traga ahora mi semen desconsolado
como se bebia eljarabe
que de chica le daba su mami
para curarle todos los catarros.

A Jesús

En el pecho, al galope,
Calígula y su hermano caballo
desgarran la carne
hasta que esa carne ya no siente
y el cuerpo es calle
a la que va a parar el silencio
como el agua a un Alka Setzer.
El mismo ser que inventó las jaulas
dejó crecer alas a los pájaros.
Llámalo crueldad, llámalo ironía.
Y mientras duermen los inocentes
la ciudad es siempre prendida:
París en llamas, nazi otra vez.
Todas las noches, una tras otra.
En el pecho, al galope,
Calígula y su hermano caballo
te muerden la boca al despedirse.
Vanidad, saldos, hastío.
Todas las noches una tras otra.

Seguiré mirándome a los ojos
cada mañana como el perro triste
que ladra para vivir
lo que alcance su eco.
Hay cosas eternas como la soledad
en el jadeo del amante que ya no deseas.
Y hay otras que sin ser eternas
no acaban nunca de irse:
manchas de aceite y amor,
el gusano que corroyó a Eva,
cera derretida en iglesias,
gangrena de aquellos fantasmas
que aún deambulan, ciegos,
por las calles de nuestra adolescencia.
Me volveré a mirar a los ojos
en cuanto anochezca esta luz.
Y, una última vez más,
el abismo se tenderá
como puente en la niebla,
la vida se mostrará de nuevo
como aquella cábala
en que las palabras creaban
carne, corazón y piedra.
Y un perro viejo y triste
ladrará de eco en eco,
tratando de alcanzar
aquello que le queda
tan y tan lejos.

TICTAC TICTAC

Ediciones Carena
Junio 2010

Derrotas

No hurgues en tus bolsillos:
ambos sabemos que no está ahí.
Tus vecinos fingirán reconocerte.
Tu madre, tu padre,
aquellos con los que te cruces
pero ambos sabemos
que la partida se acabó,
que la perdiste tú,
que solo te queda una posibilidad.
Mira debajo de la cama:
ambos sabemos que no está ahí.
La Famosa Madrugada de las Grandes Decisiones.
Son las cinco, te puede el sueño,
pero es hoy o nunca.
Bajas hasta la estación,
está oscuro, aún no hay trenes:
a punto están de colocar los destinos.
Y hay tantas razones para dejarte llevar,
quedar dormido en cualquier banco
hasta que el sol aparezca
y se extrañe de verte
pero que no pueda imputar
delito alguno a ese tipo
arrobado con una casaca
del ejército de la Tercera Guerra.
No hay café en la máquina:
en Colombia aún está anocheciendo
o es invierno o vete a saber tú
qué coño pasa con el café.
No mires al cielo: los ángeles

vuelan con alas de saldo,
viajes tuneados de ida y vuelta.
Ambos sabemos que la traición
fue mucho antes,
no recuerdas cuándo
ni cómo ni por qué.
Solo se te exige una heroicidad
y para tu asombro la cumples:
cambias los raíles, las señales
los colores de semáforos y ojos.
Refundado el mundo, echas a andar.
Hoy al menos, no ganarán los tibios.

Se busca

Para Noemí.

Quiero un arma, quiero una víctima,
quiero un asesinato, quiero un deseo.
La boca de sangre quiero,
reventar de pólvora y cuerpo,
quiero la silla eléctrica, quiero
un hijo que me odie,
no tener dinero en los bancos quiero,
quiero un cáncer, quiero arder y quemar,
llorar sin consuelo quiero
quiero que alguien repare en mí
y me lastime y me quiera olvidar.
Quiero no querer quiero.

Tu cocaína

Cuando cierran por dentro las puertas
no te creas a las putas
aunque digan sentirse tan a gusto,
entre tus muslos y su cocaína.
No porque no sea verdad,
ni tampoco porque signifique algo
sino porque al despertar mañana
tu hijo te mirará con ojos grandes
y te pedirá que vayas a jugar
con su balón contra paredes y cielos
y no te creas ni al niño ni a su madre
aunque digan que se sienten seguros
entre tus brazos y su amor.
Es falso el sol pero cierto el reflejo.
Por lo tanto no creas a unos y a otros
cuando te pasen una llamada
en el trabajo y te citen
y te desconvoquen
y te vuelvan a citar.
Ni tampoco, a eso de las nueve,
creas al camarero que te sirve
lo que necesitas y no quieres.
No le creas tampoco a él
aunque diga sentirse tan a gusto
entre tu adicción y su cocaína.

Jerusalén

Un gato armenio, apenas me oye,
aparece desde los callejones,
para decirme que el Rey David no existió
y que tú ya no me amas.
Le creí –como yo– hambriento de noticias tuyas,
de saber de ti, conocer si aún seguíamos separados
en el dédalo cobarde en el que un día nos perdimos
para evitar matanzas, noches de inocentes
y minutas de abogados.
Por saber qué fue de todo aquello, ya sabes,
lo que sentíamos dentro y no sabíamos explicar,
lo que prometíamos y decíamos hace mil años,
el ansia con el que nos robábamos,
al primer descuido,
los besos, la vida y la ropa.
El gato tiene sucio el hocico, lustroso el lomo gris
y se deja acariciar como también haces tú
pero tiene el alma gitana como yo,
de Faraón de los Autochoques,
aquellos que prometen más de lo que quieren dar.
Se enreda el gato armenio en la electricidad
de mis piernas como hiciste un día tú,
solo para recordarme cuánto te quise
y qué pena da el amor que, de repente,
en un callejón, nadie se atreve a matarlo
a la luz de un cuchillo y un adiós.

Cadáveres conocidos

Perdido entre callejones
que a su vez andan escondidos
de rascacielos y avenidas
mientras atruenan en mis oídos
las campanas de las catedrales,
la carita mojada de aquella niña
que acudía a buscar, letal,
su dosis de cariño y confort.
Trato de huir de la belleza,
de esta atroz melancolía,
con la que se trenza la vida.
Escapar, desaparecer,
subirse a un autobús y que la lluvia
empañe los cristales y los pasajeros
no pregunten quién eres,
a dónde vas o quién es
ese cuerpo que arrastramos
de las ruedas desde hace rato.

Regreso a casa

Noto en párpados el algodón
empapado en ginebra
en boca, frente y lengua,
manejado por curvos dedos
de ángeles que solo guardan
aquello que desean y acaso envidien.
La música atrona por todos lados,
borrachos tú y yo
del presente conjugado imperfecto,
mientras en un rincón,
mi máquina de marcianos favorita
con sus cien naves y sus mil estrellas,
parpadea émbolos galácticos.
¿Cómo manejar toda esta euforia…?
Me gusta beber contigo.
Es así de sencillo.
Con los ojos abiertos,
desvelado el pánico,
sacado de la cama a trompicones.
Hijos rotos, pensiones por pagar,
amigos y reyes traicionados.
Bebe, bebe, bebe hasta tener sed.
Bebe para crecer, bebe
para seguir siendo niña
en un cuerpo de mujer.
Bebe para anestesiar la herida,
para amputar el dolor, para reír,
para olvidar que ya no sientes nada.
Bebe por tu médico, bebe por tu juez,
bebe por tu hija o bebe por beber.

Hay señales en aceras y bares,
en paradas de autobús y droga,
bajo cruces de farmacias e iglesias
escritas para nosotros,
infieles olvidados a medioquemar
en la hoguera de los píos.
Levanta y avista la mirada,
no sea que estemos cayendo
y ni nos hemos dado cuenta.
Nostalgia de los valores romanos:
ojos grises mirando murallas de acero.
Alarga la nuez lo que más puedas,
rompe cristales, puertas y garajes,
ventanas de gente formal
que te dirá qué haces bien y qué no.
A pedradas, reventándolo todo
con la fuerza expansiva del silencio
que convoca la libertad
de un desahucio como Dios manda.
Pero no puedo engañarte más:
hay noches que se ponen a girar,
cerrojos que se rebelan sin más
y no quieren obedecer a nadie.
Bilis sobre orina, sudor y semen:
aroma y promesa de los dioses.
Pero no llores por eso,
que no te arrebate la ira o la pena.
¿Acaso no éramos felices
hace solo un minuto?
De este agujero no nos sacarán
a menos que nos digan quienes somos.
Que nos llamen por el nombre
que figuraba en aquellos cuadernos
de caligrafía en puntos azules,
que nos aseguren, en definitiva,

que nadie, bajo ningún concepto,
nos reñirá al regresar tarde a casa.

Todo el mundo por aquí te quiere mucho

Si pierdo tu rostro lo pierdo todo.
Es algo que sé desde hace tiempo.
Por eso, ya de niño, me forzaba,
en el aire dulzón de las aulas,
a dibujar la cara de mi madre,
su olor cada mañana.
Por eso si olvido el trazo,
el surco del lápiz
en la lámina rugosa,
lo pierdo todo.
Antes de que se me borre tu rostro,
por favor, aparece,
en este mundo acuático
en el que levanto los pies,
cierro los ojos y finjo dormir.
Esperaré un vuelo más.
Buscándote en las caras,
tu andar o ese vestido
que tú nunca te hubieras comprado.
En las pantallas, se reflejan
aviones escarchados que despegan,
se pierden, aterrizan sobre el talco,
líneas amarillas que les esperan
como si fueran regazos.
¿Qué espero si ya sé
que en ninguno estás tú,
ni ninguno de esos nombres
de ciudades como conjuros
te envía a mí…?
Debería marcharme.

Reconocer la derrota apenas la veo.
Atravesar las llamas sagradas,
el puente en el día de duelo,
hasta acertar con el contorno
de los ojos, la sonrisa de mi madre,
el olor de su piel y de tu pelo,
tus orejas, el arco de sus cejas,
todo eso que nos permite ser
la envidia de los dioses,
presos allá, en sus cielos vacíos
llenos de aviones dorados
en los que nunca estarás tú.

Desconfía de los amigos

Procura asegurarte
que, llegado el momento,
haya quien te comparta el pasado
porque en los pasillos
de todas las casas
hay espectros, fotos y hasta jarrones
que en cuanto te ven pasar
preguntan a quien les escuche,
quién eres, qué haces, quién te llamó.

Porque el olvido anda,
desde el primer día,
entre cacharros,
metiendo ruido en la cocina.

Deberías saber que jamás
te hospedarás en hotel alguno
que se haga llamar Waldorf Astoria,
que nunca matarás al Rey
ni Madonna maullará nunca en tu oreja.

Porque alguien anda,
quizás el olvido,
desde casi el primer día,
metiendo ruido en tu cabeza.

Por todo ello, procura
entrar antes de salir,
notar la cerradura en los bolsillos
no sea que en tu ausencia
les dé por cambiar el felpudo

delante de sus corazones,
y de vuelta a las calles
espectros, coches e incluso deudas
empiecen a pararte y preguntar
quién demonios fuiste tú,
en dónde vives y si vives allí
qué haces aquí, desnudo,
metiendo ruido en la cocina,
con tantas cosas por hacer,
tratando de cenar
a estas horas.

Noches de boda

Para Alberto Gimeno

Hubo noches de boda
en que me dejaron virgen,
envuelta en excusas,
brillante papel para regalo.
Un reloj no es un dedal
ni un dedal un beso
ni tampoco un licor.
Pero tic tac tic tac tic tac.
Es hora de volver.
Al trabajo, al bar, a casa.
Conectar el móvil, contestar
esos cientos de mensajes
que bajo la puerta dejaron
hijos, jefes, otros amantes.

Y hubo noches de verbena
en que las hogueras eran hombres
y las mujeres cielos negros.
Podías deambular entre unos y otros,
como tumbas vacías que guardaran
mierda, venganza, secretos,
dientes falsos, venenos mortales,
horarios de visitas y de trenes
a vías de crematorios,
gas eterno del resentimiento.

Y aquellas otras noches de insomnio
en las que, como un tiburón,
di vueltas y vueltas

a la añoranza del niño que fui.
Aquel que vivía de una mirada,
un beso, una carta en agosto.
Noches en las que las manos
aún eran piedras y no montañas.

Un nuevo amor

Cualquier mendigo tiene sustituto,
precio y hasta olvido.
Desde tu alféizar, el centinela
distingue sus prisas y aspavientos.
Él va a una nueva cita,
ya no piensa en ti.
Al llegar a su casa dio la vuelta
a sus bolsillos de solterón:
todo lo que era estaba allí
y allí no estabas tú.
Cualquier cuerpo tiene sustituto,
precio y hasta olvido.
Escondido bajo mantas,
en pimienta los ojos inyectados,
cerdos, crímenes, muñones,
drogados de heroína todos ellos.
Él va hacia un nuevo amor
y te busca allí donde sabe
que ya no estarás.
Solo se recuerda lo que fue negado.
No es tu caso, aún no.
Pasan los coches y la gente en ellos.
Dios vive entre nosotros
dicen sus pegatinas
y habrá que creerlo
si queremos seguir buscando
entre el cieno del río
a una niña como tú,
enredada en los radios girados
de su bicicleta,

por celos asesinada
bajo este mismo sol canalla.

Cuando nadie conoce tu nombre

Acabas de recibir aquella postal
que enviaste hace ya tanto tiempo.
Sigues viviendo en el mismo sitio
pero ya nadie conoce tu nombre.

Tuviste alas, tuviste amor,
tuviste la posibilidad de no ser tu padre
pero sin saber muy bien por qué
todo salió mal, nada llegó a tiempo,
o es que quizás las fantasías
las carga el diablo.

Andas por la calle y tuerces los zapatos.
Agitas las manos, ahuyentas la luz
pero da igual, nadie mira
porque aquí ya nadie conoce tu nombre.
Trabajas, coges el metro,
regresas o te pierdes,
votas o lloras, a nadie importan
tu borrachera, tus deseos
porque aquí ya nadie conoce tu nombre.

Pobre Dean Martin amartillado
contra la barra de la única coctelería
en la que aún sabían quién era,
cuál era su nombre.
Pobre Jesucristo, lúcido en la cruz,
solo, vendido y asustado,
con esos cielos que no se abren,
esos ángeles que no aparecen
ni a la de tres, entre dos ladrones

y una madre, a sus pies, llorando
porque no llegará a tiempo
de ver su programa favorito.

¿Qué no daría yo por volver atrás
y hacerlo igual de mal?
Reventar cuerpos y cerraduras,
entallar la vida a mi sombra
y jugarlo todo a una única noche.
¿Qué daría yo por acabarlo todo antes
en el momento justo,
el instante preciso
en que todo el mundo
aún conocía mi nombre?

Día del padre

Para Lorenzo.

Hijo mío, cuando el dinero se acabó
tuve alguna ocurrencia,
algún que otro tirón épico
casi siempre a la altura de la entrepierna
y –demasiadas– llamadas a cobro resentido.
Algún día me recordarás
como aquel extraño en aquella casa
estrecha, sin apenas muebles
ni luz, quizás un hotel de risa,
el fantasma que rondaba a tu alrededor,
que llegaba y desaparecía de improviso.
No, ya no tengo dinero para ser bueno,
por eso ni llamo ni te recojo
a la salida del cole.
Algún día descubrirás que la madera,
en ocasiones cruje y todo se derrumba
desde nubes y pisos superiores
y uno se tapa la cabeza
con lo que tiene a mano:
un sombrero, una amante.
Me iré, una noche más, por ahí,
con el coche de siempre,
tratando de recitar aquellas oraciones
de las que solo recuerdas el primer verso.
Acabaría con mi vida si no fuera
porque soy débil
y tengo más fe de la que quiero.
Porque creo en ti, trozo de mi madera,

creo en el azar, en las segundas partes,
en el amor que sana lo que pudre.
Creo en poder encontrar otro trabajo
que me haga otra vez bueno,
hermoso, sano, apto y adecuado
para volver a tenerte por aquí
el próximo fin de semana impar.

Menú de sonrisa y reverencia

Para Carlos Salem, por quien pareció escrito en Diablos Azules

Ya no vienen por aquí.
Adictas todas ahora
al triste menú diario
de sonrisa y reverencia.
Es el signo de los tiempos.
Ya no engañan a sus dueños
ni hay notas escondidas
aquí y allá, en mesas
y bajo las almohadas.
Trato de recordar en qué momento
o quién renunció antes a qué,
quién fue sensato
o tuvo miedo a crecer.
Las niñas desposan, sudan,
cambian de colores y apellidos.
Dejan de cantar y saltar,
de cruzar las piernas
como afilados sables
que segaran los átomos del aire.
Es el signo de los tiempos.
Trato de recordar en qué momento
llegó esta violenta pandemia
de honestidad a la ciudad.

Rey de los leones

Por Jordi Virallonga.

La primera noche, el fin de todo.
No estaba mal, hay que reconocerlo.
El sol, a modo de dios
incontinente y traidor,
se fumará su hidrógeno,
y nos reventará por dentro
–un mal querer de un mal querido–
en su afán de saber si guardamos tabaco
en alguno de nuestros cajones.
La fecha en que ello ocurra,
–de acuerdo, algo lejana–
no me tranquilizó mucho.
La segunda noche se nos inundó
de sufragistas asesinadas,
leones nómadas
y la importancia de no ser Ernesto
si quieres seguir enamorándote.
Desayunar cariño, comer amor,
cenar luz de luna, pistachos
y cruenta desigualdad sexual
–Perdón, señorita… ¿podría yo,
paritariamente,
correrme en su boca,
ahora mismito, sin más tardar…?–.
Arrebatados poemas en rotulador rojo,
un perro que, al final de la noche,
acude ante ti
por ser el más triste,

el más arrogante de los tristes
en todas las mil fábulas tristes
de Samaniego, nuestro castizo Ray Davies.
¡Tienes una soledad de tantos amigos,
mi devoto Penate, Neptuno de sal y Cardhu,
con solo una espada de madera a seis euros
con la que enfrentarte a las olas,
al mundo, al universo entero…!
No hubo tercera, de noche,
pues hube de marchar
después de muchas escaleras
y pocas, muy pocas caracolas
pero nunca olvidaré tenerte en el balcón
con ese manotazo de viento
que tenía como todos los vientos,
nombre de guardería,
de vieja medicina africana.
Tenerte ahí y saberte hecho de libros y vida,
capaz tú solo de la hazaña más grande,
titánica, ante mis ojos narcotizados:
parar el tiempo con palabras,
abrir de cuajo las entrañas de todo
con el limpio estilete de un verso,
el bendito aguijón del escorpión
que, rodeado de lenguas de fuego
saluda al tendido, guiña a las damas
y mientras espera la Muerte
reserva mesa para cuatro
el próximo sábado, a eso de las diez.

Who are you?

Poco a poco acabas siendo
solo el titular insigne
del recibo del gas.
Si nadie te espera ni renuncia
si nadie te niega si no recuerdas
a nadie si no eres capaz
de herir a nadie desesperarle.
No, no soy él, mamá, solo soy yo.
El amante apasionado,
el perro fiel, el hermano muerto,
los seres amados son aquellos
que no crecen jamás.
El amor es un buen taxidermista.
Mejor harías en no olvidarlo.
Nadie sabe nada de ti.
Todos locos, todos desmemoriados.

Who are you?

Recuerdo la mano de mi madre
cogiendo la mía, enfundada en guantes.
Llovía y el bus no llegaba.
Las niñas no acudían a la cita
en tardes de tormenta, reverendo.
Pero segunda estrella a la derecha
y todo seguido hasta Neverland,
en plena subasta, hombre elefante
y cabina de oxígeno incluidos.
¿Quién eras, Michael Jackson?
¿Quién fue David Barrie, roto en el hielo,

un ataud sobre la mesa de nogal,
hilos de colores, pipa de kif
y alguien que te espera
a mitad de camino para preguntarte:

Who are you?

Poco a poco nadie reconocerá
como ciertas tus historias,
inventarás las mentiras,
repetirá en letanías los nombres
de tus abuelos, de tu barrio.
Hay una conjura en el olvido.
Con mucha suerte acabarás
siendo una sonrisa que se desvanece
entre humo de hachís y ginebra.
Una tarde en el parque de atracciones.
Una noche sin luz en los espejos.
Pero antes de desaparecer
quieres recordar uno a uno
los besos de aquella niña,
su diminuta habitación, la cama,
la ventana dando al patio de luces,
el ascensor de poleas, los libros
de solapas crema y naranja,
compases, escuadras y cartabones,
olor a colonia infantil, los pósteres,
chinchetas plateadas, acaso azules.
Ella, ya mujer, baja la mirada
al cruzarse contigo por la calle.
Al menos sabes que te ve llegar,
que no te atraviesa como lo hace
el niño que lleva de la mano.
Apuras el pitillo y acto seguido,
le estrechas en círculos de humo
para preguntarle al pasar,

Hijo ¿tú sabes
Who I am?

ROCK'N ROLL (libro en preparación)

Llueve y Benny Carter

Es unánime la opinión unánime
de que nadie escribe arreglos
para una sección de saxofones
como Benny Carter.
Y afuera, de mientras, va lloviendo
una música vieja, acaso triste,
de domingos de ricos y ancianos,
calmos sin ser aburridos,
de hogar, perro y ponche.
Llueve sobre piscinas y tejados,
sobre banderas, gatos y antenas,
sobre matrimonios desayunados
de señoras con permanente y pañales
y señores con próstata y chándal.
Todos ellos a la espera de hijos pródigos,
nietos rubios amantes de nidos y abuelas,
nietas chinas y nueras de dientes caninos
bajando de aquí a unas horas,
de coches como ballenas,
altos, profundos, absurdos,
y aunque su estilo, es cierto,
no se ajustara al creado por los boppers
se unió en ocasiones a ellos
y es unánime la opinión unánime
de que en el pueblo, los periódicos
han sido lanzados, maniatados
por simpáticos hampones desde lo alto
de furgones y ambulancias
y esperemos que no se nos mojen
todas aquellas malas noticias, goles,

actrices, montañas y estadísticas,
melancólicos cuchillos de regalo
para guardar en la cocina
junto a los besos no usados
y las cerillas de quemar mundos
pero es que llueve y aquí se está calentito:
¿quién va a querer salir?

Almendros, abedules y otros tipos altos
agitan testas al ritmo de un viento
que enojado se ha cansado de susurrar
amenazas a los caballos y ahora
va a por todas, a derribar
las cien casas de los cien cerditos,
todos vecinos, gente de bien y anchoa,
pero todo eso no importa mucho
como de hecho no importa nada
porque el marco de la big band
es discreto y necesario el repertorio
escogido para la ocasión
con deliciosas composiciones del propio Carter
y hay tanta pasión en mi vida
como compasión dentro de una pistola,
un niño o un saxo tenor.

El día de los muertos vivientes

Buscamos la vieja plaza, los arcos
en los que hace más de una década
nuestros cuerpos se quemaron como pavesas.
Cerramos los ojos en el beso, saltamos
a ciegas, pero ya había niños y horarios,
cicatrices e hipotecas,
pisos con ascensor, todo eso.
Luego, horas más tarde, el sueño no llega.
No es deseo de morirme entre tus piernas
sino solo pensar que sería bonito
dormirse en tus brazos, oír tus ronquidos
de animal confiado, soñar que nuestros pies
no dejan apenas huellas en el suelo.
Buscamos las viejas caricias, los abrazos
que dejamos apenas dibujados
para que otros los acabaran en una noche joven
de cerveza y rock'n roll.
No sé rendirme, todo se reduce a eso.
He leído Gastby, he pillado la moraleja
pero soy más de hacer caso a Zelma,
ese reloj con la cuerda rota que da siempre
la misma hora de los muertos que vuelven muertos
se los convoque o no.

Long, long, long

Ha pasado tanto, tantísimo tiempo.
¿Cómo pude olvidarte cuando te quería tanto?
Te desvaneciste.
Mi foco dejó de iluminarte.
No hubo más.
Te vi cogida de otro hombre, la otra tarde.
Pasaste a mi lado. No me reconociste.
Estaba sucio, despeinado, gordo, mal vestido.
Para nada esperaba yo visitas
a la salida del supermercado.
Tu marido tenía el brazo sobre tu hombro.
Confía en ti, tú en él.
Tienes dos hijos y seguro que conservas tu letra
llena de redondas y puntos divertidos.
Te esperé tantas tardes a las cinco
en la fuente de Plaza Catalana.
Llegabas con el pelo mojado y ganas de amor.
La plaza está igual pero yo no encuentro el momento
de bajarme del coche y acercarme a la fuente
y beber o yo qué sé, hacer algo
que renueve el ritual, que convoque fantasmas,
que me haga escupir sangre.
Ha pasado ya tantísimo tiempo.
¿Cómo pude olvidarte cuando te quería tanto?
Sucio, desesperado, gordo, mal vestido.

Anoche

Anoche vi que me moría y moría triste.
Y te llamé y fue inútil: no tenías
suficiente amor para salvarme,
para sanarme, apagar mi fiebre fría,
mi gélido semen demoniaco.
Dios no existe pero la fe te salva
porque anoche vi que me moría solo,
con la barriga hinchada y ojos de pez
y me asía a los míos
pero todo se hundía: embarcación,
puerto, brújula y horizonte.
Y no me salvaban mis poemas ni mis bromas,
los trozos de cariño y pasión
que, como jirones de un sudario,
he ido dejando en camas y picaportes.
Anoche, solo tele y alcohol.
Quise masturbarme y me puse a llorar.
Anoche.

La reina ha muerto

Dulce, muy dulce como sangre en los labios,
como el dolor del primer corte,
luz de antorchas en las pupilas de las brujas,
el calor que golpea puertas y ventanas,
el deseo cerrando pestillos en habitaciones de dos
al ritmo de la vieja pianola.
No puedo creerlo, no, no puedo creer
que todo haya acabado como lo ha hecho,
que tus manos rodeen mi cabeza,
que me entregues reinos en el fin del mundo
y el páramo feo y deshecho de mi cuerpo
indique que la reina ha muerto
y el pueblo apache se ha rendido
entre colillas ahogadas en vasos de té frío
y camas deshechas ya con olor a hombre viejo.
Moriré sin que nadie sepa quien fui,
quién se escondía tras la máscara,
con qué conjuros conseguí ser inmortal
en unos besos, algunas noches, ciertos sitios.
No vale excusarse con que las canciones
prometieron otra cosa, las revoluciones,
tus mensajes en el móvil,
hay que preguntarse qué nos pasó con la vida
si es que nos pasó algo.

Rusty James

¿Recuerdas el primer beso? Las nubes
corriendo por el cielo blanco y negro
como en una acuarela recién pintada.

¿Recuerdas la primera mentira? Las nubes
quietas, sorprendidas y avergonzadas
como un Dios perdido en el desierto,
escapado de los hombres y sus mujeres.

La sangre mana de la herida, empapa
la camiseta, las manos, el aceite
que quedó sobre el hule de la mesa.
Es un hermoso sentimiento esperar.
Sentirse un príncipe en el exilio,
golpear con el taco las verdades de Casandra,
morir en callejones y resucitar en iglesias.

¿Recuerdas el primer beso? ¿El tesoro
bajo el arcoiris? ¿A qué sabía aquel deseo?
Háblame de lo que sea,
cualquier cosa, ¿qué más da?
Cinco de la mañana. Háblame del Derecho Natural.
Háblame de cebras y leones, de heroína
y de ojillos de ratón en caras de barro.
Cinco de la mañana. Háblame de Libia.
De los chinos. Háblame del amor y el sexo.
De travelos y de la violencia que has traspasado
y por el cual ya no puedes volver a casa.

¿Recuerdas la primera canción? Al lado de la radio,
al fresco de una mañana de verano,

roto y solo, solo y niño, solo y vengativo,
solo y bueno, bueno y tonto, solo, bueno y tonto.
Roy Orbison nunca nos lo perdonó.
In dreams cantado a través de una máscara de oxígeno,
El astronauta, tú, no supiste volver.
Creímos ser lo suficiente fuertes para leer
el lenguaje del corazón, el monstruo
que esconde el animal que esconde la cueva
que esconde el miedo que esconde la mazmorra
que esconde la lepra que esconde el dolor
que esconde el pánico que esconde la crueldad
de la violencia hecha dios y virgen, principio y fin.

¿Recuerdas el primer beso?
¿Recuerdas la última vez
que dormiste bien, que fuiste generoso?

ÍNDICE

EN EL PARQUE DE LOS OSOS

ILUSIONES Y SUEÑOS DE 10.000 MALETAS


2012